

25
cuentos para
pensar

Autor: Miguel Redón-Selma Iserte

INDICE

TITULOS	PAG.
1.- Ovidio (Cuento de Navidad).....	3
2.- El globo rojo.....	7
3.- La cigarra.....	11
4.- El sofá.....	14
5.- El mirador.....	19
6.- La pesca.....	23
7.- La jardinera.....	27
8.- Los caramelos.....	30
9.- El pasajero.....	34
10.- El ramo de flores.....	38
11.- Soñador.....	43
12.- La piedra.....	46
13.- El nido.....	49
14.- La mesa.....	52
15.- La ratoncita.....	54
16.- La flor silvestre.....	58
17.- No hay enemigo pequeño.....	62
18.- Los árboles.....	67
19.- Angeles y flores.....	70
20.- El monito.....	75
21.- Guisantes con menta.....	81
22.- El escultor.....	85
23.- La burbuja.....	89
24.- Los monstruos.....	92
25.- El tonto.....	96

1.- OVIDIO (Cuento de Navidad)

Mi vida transcurre dentro de una normalidad, que podría tacharse de rutinaria, incluso monótona.

Los días laborables me levanto a las seis y media, me ducho, me arreglo, dejo medio preparados los desayunos de mi familia y, antes de salir de casa, vuelvo a mi habitación, donde María, mi mujer, ya se está levantando y a las de mis hijos - de 14, 12 y 9 años - que todavía duermen profundamente y les enciendo las luces y doy un primer aviso para despertarles, aviso que se repetirá varias veces después por María, urgiéndoles y empujándoles materialmente para que no lleguen tarde al colegio.

Luego voy a la cafetería que hay junto a mi oficina y, mientras tomo un café con leche y una ensaimada, leo tranquilamente el periódico, hasta las ocho, que empieza el trabajo. Así compenso, en parte, el gasto de la consumición con el ahorro del diario.

Fue entonces cuando lo leí. Venía en la página de sucesos. Ovidio estaba detenido desde el día anterior. También se publicaba una fotografía suya, sacada de los archivos del periódico. La fotografía tenía varios años y era de mala calidad; sin embargo, se podía observar en ella a un hombre joven, delgado, con un fino bigote, peinado con raya a la izquierda, bien vestido y con el aspecto de triunfador.

Este aspecto era el mismo que siempre tuvo. El que, en el colegio de religiosos donde ambos estudiábamos, despertaba la envidia vergonzante de los compañeros.

Iba siempre bien vestido, aunque ésta no era una característica que pudiera diferenciar a unos chicos de otros, en aquellos tiempos en que era obligatorio acudir a clase con corbata discreta y chaqueta o jersey que dejara verla. Tampoco eran admisibles las sandalias u otra clase de calzado que no fueran zapatos o botas. Las manos, uñas y orejas debían estar limpias y era habitual sufrir la revista del profesor para comprobarlo. La infracción de alguna de estas normas suponía ser amonestado y avergonzado ante los compañeros y el envío a casa para subsanar la falta y regresar "compuesto". Tampoco se permitía llegar despeinado, y esto significaba que el cabello debía ser corto y con raya a un lado.

Una vez en el colegio cambiábamos la chaqueta por un babero a rayas blancas y azules, que dejaba ver la corbata y que, en cierto sentido, nos igualaba a todos, aunque en dos grupos: los externos, con el cuello, puños y bolsillos blancos; y los internos y mediopensionistas, que los llevaban de un azul intenso.

Pero volvamos con Ovidio. Quería ser llamado por el nombre y no por su primer apellido, que era un patronímico. Si lo decía, anteponeía el nombre; o añadía el segundo, muy sonoro y poco español.

Era un año mayor que la media del curso. Aseguraba que había empezado más tarde porque durante varios meses su familia se dedicó a recorrer Africa. Ahora sé que era pura fantasía; pero entonces le sirvió de pretexto para contar aventuras sin fin, algunas completamente disparatadas. Su valentía no tenía techo. Incluso fue recibido y agasajado por el rey de una tribu que le hizo valiosos regalos por haber salvado a un niño nativo de morir ahogado.

También alardeaba de familia rica, aunque, con nosotros nunca tuvo un gesto que lo denotara. Tampoco, que yo supiera, ninguno de nosotros estuvo nunca en su casa.

Su estilo de hablar y comportarse era de autosuficiencia y siempre llevaba a su alrededor dos o tres compañeros que le reían sus gracias, tratándole como si fuera su jefe. Estaban deslumbrados y lo veían como un ejemplo que debían imitar y que no llegarían a alcanzar.

Cuando recibía un castigo - y los profesores los prodigaban - no chistaba y su mirada se volvía aún más arrogante.

El resto de los compañeros, como ya he dicho, le envidiábamos. Quizás por su seguridad en el hablar, quizás por lo que, según él, había corrido, quizás por lo que aparentaba saber. Sin embargo, creo que realmente le envidiábamos porque su forma de ser correspondía a la de alguien con más edad y con más experiencia. Entonces nos parecía un líder. En realidad no pasaba de ser un cabecilla.

Cuando terminé el bachiller le perdí la pista.

Años después, otro compañero me contó que, al dejar el colegio, empezó a preparar en Madrid una oposición, que no llegó a aprobar. Mientras estudiaba (si es que lo hacía), frecuentaba las cafeterías y lugares donde solían acudir jóvenes de familias adineradas. Allí conoció a una chica con la que se casó tres meses después. Su suegro le dio un empleo en su empresa. En realidad, más que el empleo, lo que le dio fue un buen sueldo para que su hija pudiera seguir viviendo con las comodidades a las que estaba acostumbrada.

Entonces se metió en negocios poco limpios y poco conocidos. Viajaba frecuentemente a Sudamérica y, cuando estaba en España, su casa era más una consigna de equipajes que un hogar. Fue inevitable la separación.

El que me lo había contado no me dijo más; pero el periodista se extendía en detalles de su vida posterior. Montó un restaurante en Barcelona, que le servía como tapadera de sus sucios negocios y, aparentemente con los beneficios de éste, había comprado un chalet en Andalucía y más tarde un cortijo no muy grande, donde acostumbraba a celebrar fiestas y reuniones bulliciosas.

Su nombre y su fotografía había aparecido en numerosas ocasiones en las llamadas revistas del corazón, junto a apellidos famosos por su sangre o su fortuna.

Siempre elegante, siempre sonriente, siempre triunfante. Era la imagen de lo que, en el colegio, ya prometía.

Incluso había recibido algunos homenajes por su contribución a instituciones de caridad y dieron su nombre a una calle de un pueblo, donde financió las obras de reconstrucción de una antigua ermita.

En la pared de la ermita hay una placa en recuerdo del hecho.

Pero su vida mundana y la admiración que despertaba en todos los que le conocían constituían la fachada de la triste realidad del que, rodeado por multitudes, estaba siempre solo.

Y ahora más solo que nunca. Ya no aparecía en las fotografías de las revistas, sino en las páginas de sucesos. Ya no era un benefactor, sino un estafador. Ya no era el ciudadano ejemplar, sino el indeseable. Ya no estaba en la cima, sino en la sima.

Posiblemente había sido feliz, a su modo. Yo no lo creo; pero indudablemente ahora no lo era.

Mientras leía, iba pensando en todo esto y, cuando terminé, mi mente se entretuvo en repasar mi vida.

Había terminado una carrera y luego preparé una oposición que, con grandes esfuerzos, conseguí aprobar. Desde entonces trabajo en un Ministerio. Mi sueldo no es muy alto; pero mis necesidades personales tampoco.

Por las tardes, tres días a la semana, doy clases en una academia. Con esto equilibrio, a duras penas, la economía familiar.

Hasta ahora he conseguido, sin lujos, que mi familia pueda llevar una vida digna. Con unos ahorros y una hipoteca compramos un piso. Todavía queda bastante por pagar.

Tengo un coche, comprado de segunda mano, de los llamados utilitarios. Cuando vamos todos, parece que adolece de insuficiencia respiratoria. He de conseguir que resista dos o tres años más.

Mis hijos van a un colegio privado. Este fue un tema que nos costó decidir. Era un esfuerzo muy grande para nosotros y el nivel de los profesores de los colegios públicos es elevado. Sin embargo, la balanza se inclinó a favor de que estudiaran en el mismo colegio al que yo asistí, que, desde hacía unos años, era mixto y podían ir los tres.

Las tardes que no voy a la academia me quedo en casa y colaboro en los trabajos domésticos, siempre bajo la dirección de María, claro. Cuando algo se estropea, procuro arreglarlo yo. María dice que soy muy mañoso. Al llegar mis hijos del colegio, vigilo sus estudios y les oriento en lo que puedo, explicándoles las dudas que se les plantean.

Especial dedicación le presto a mi hijo menor, que es muy perezoso para estudiar y se distrae con una mosca que pase o con un ruido de la calle.

Los fines de semana los paso con mi familia. Salimos a pasear o de excursión, si hace buen tiempo. Mis hijos aún están en edad de venir con nosotros.

Pero, sobre todo, pasamos mucho tiempo juntos, que desearía que fuera más. Siempre me sabe a poco. Charlamos, nos reímos y nos tenemos una confianza recíproca. Nuestros hijos nos cuentan sus problemas. Pequeños problemas desde nuestro punto de vista. Grandes problemas a sus ojos.

También vemos la televisión o escuchamos la radio y, de vez en cuando, nos reunimos con amigos. Esporádicamente vamos al cine.

María y yo somos devotos de la lectura y hemos transmitido esta inclinación a nuestros hijos. Así, solemos reservar algún momento del día - o de la noche - para ello. Se puede decir que el gasto en libros es el único vicio que nos permitimos.

Y, a propósito de libros. Hoy estamos a veintitrés de diciembre y no tengo clases hasta después del día de Reyes. Esta tarde voy a salir con María para comprar varios a mis hijos: de aventuras, sobre la naturaleza y de viajes. A cada uno, según sus gustos.

Y si el presupuesto no lo hemos agotado, compraremos alguno para nosotros.

Tomé el último sorbo de café y encendí el primer cigarrillo del día.

Salí de la cafetería y en la calle fui concluyendo mi reflexión: No soy un tipo famoso, ni extraordinario. Soy una persona corriente; pero soy una persona feliz.

Iba convencido - ya lo estaba antes - de que la felicidad está en valorar lo que tenemos y en procurar conseguir lo que tiene valor para nosotros, y no en lo valorable por los demás. Que lo importante es lo que nosotros creemos y no en lo que creen de nosotros los demás.

Me crucé con un conocido y le desee felicidades.

Entré en la oficina y saludé a mis compañeros con una sonrisa en la boca y - lo que es más importante - con una gran sonrisa en el alma.

Pasado mañana es Navidad para todos. Para mí es Navidad cada día.

-- o --

2.- EL GLOBO ROJO

El "Tío Juan" vivía - es una forma de hablar - en las afueras de la ciudad, en una zona conocida como La Alegría.

No se sabe con certeza quién la bautizó así ni tampoco el por qué. Lo cierto es que cualquiera que se acerque por los alrededores puede comprobar cuán irónica es la denominación.

La poca alegría o, mejor aún, la falta de ella se puede apreciar con cualquiera de los sentidos.

Desde unos cientos de metros antes de llegar, si el viento no sopla en contra, un desagradable olor, de características complejas, mezcla de aguas estancadas, letrinas, drogas, basura, sudor y otros elementos, nos advierte dónde nos encontramos.

Algo más próximos, se pueden escuchar los gritos. Gritos de adultos a los niños. Gritos de niños que responden a los adultos. Gritos de discusiones entre adultos. Y gritos de niños que pasan su tiempo peleando.

Inmediatamente un aire mezclado de humedad y polvo, de sabor ácido, se cuele por la boca y parece que se puede masticar.

Pero entonces, al rebasar una pequeña altura, nos abofetea la vista el abigarramiento de chabolas, construidas con los elementos más dispares, recogidos con esfuerzo en los contenedores de basura y en los vertederos incontrolados de la gran ciudad.

Las separaciones entre las débiles construcciones han formado callejuelas irregulares donde el agua barrosa y descompuesta forma charcos y riachuelos que son pisados por los vecinos y constituye el sucedáneo de un parque infantil para los pequeños que, numerosos, corren por todas partes.

Si, a pesar de todo, algún extraño se atreve a pasar por el poblado, ha de tener cuidado de no herirse con los clavos, varillas y objetos punzantes y cortantes que sobresalen de las piezas que sirvieron para fabricar las chabolas.

Por eso, no se puede decir con propiedad que en aquel lugar se vive.

Pero, a pesar de todo, allí hay gente que vive, o mejor aún. que malvive, o más exactamente, que pasa su vida.

En este lugar tenía el "Tío Juan" su habitáculo (no puede emplearse la tópica frase de "sus cuatro paredes").

Pero este habitáculo lo compartía el "Tío Juan" con su nieta Panchita, de cinco años, a quien cariñosamente llamaba así desde que nació.

Panchita no conoció nunca a su padre. Su madre murió en el alumbramiento y su abuelo se hizo cargo de ella inmediatamente.

El abuelo hacía de padre, de madre y de amigo y con frecuencia sufría los achaques lógicos de su edad, a pesar de mantenerse relativamente bien. Procuraba que, cuando no se encontraba bien, Panchita no se diera cuenta de sus dolores. Y trataba de olvidarse de su reuma cuando, agachado o de rodillas, jugaba a ser un mono o un caballito que llevaba de jinete a una simpática muñeca rubia.

Nieta y abuelo lo compartían todo, comenzando por la exigua paga que pomposamente se llamaba pensión no contributiva. Aunque quizás el nombre tenía un significado muy real, distinto al oficial: que no servía para poder contribuir a nada o casi nada.

Sin embargo, el abuelo procuraba, dentro de sus escasos posibles, que Panchita tuviera una vida feliz, supliendo sus carencias lo mejor posible y atendiendo sus pequeños caprichos, a costa de su propia salud, que, por los años y por la mala alimentación, estaba muy resentida.

La verdad es que la niña no era más caprichosa que cualquier niño a su edad. Al contrario, parece que su cabecita advertía las precarias circunstancias en las que se desenvolvía.

Solamente hubo una cosa que Panchita deseó con todas sus fuerzas. En una ocasión, paseando con su abuelo, se cruzó con un niño que iba cogido de la mano de su madre. En la otra mano llevaba cogido un cordel cuyo otro extremo servía para atar un globo rojo hinchado que pugnaba por ascender, sin conseguirlo, por impedírselo el cordel sujeto a la mano del niño.

Cuando vio el globo no pudo seguir andando. Se paró, haciendo detenerse también a su abuelo, y se quedó mirando al niño y al globo.

Cuando globo, niño y madre pasaron, los pequeños y vivarachos ojitos infantiles les siguieron y no volvió la cabeza hasta que pasaron varios minutos desde que aquellos hubieron girado detrás de una esquina y Panchita se convenció de que no iban a volver a pasar.

Desde aquel momento el deseo de llegar a tener un globo como el que había visto se convirtió en un obsesión.

El abuelo tuvo que soportar llantos, mal humor y rabietas. El cambio de humor también le afectó a él. Tenía que comprar un globo rojo.

Un día fue al parque y le preguntó al vendedor cuánto valían los globos.

Desde entonces sus pensamientos acababan siempre confluyendo en el mismo punto: cómo conseguir las quinientas pesetas que necesitaba para comprar el dichoso globo.

Pero esto no era tan fácil. Para él quinientas pesetas representaban la comida de varios días y no se podía prescindir de esas comidas cuando, a partir del día veinte de cada mes, lo único que podía servirle de alimento era lo que podía encontrar rebuscando entre las basuras de los bares o restaurantes de la ciudad.

Entonces se propuso ahorrar.

¡Ahorrar! ¡Bendita palabra! ¿Cómo se puede sacar agua de una fuente seca? ¿Cómo se puede obtener grano de una planta sin espigas?

Pero cualquier sacrificio valdría la pena si con él pudiera dar un poco de felicidad a la pequeña.

Se llevó a la chabola una caja de puros medio rota que había encontrado en una acera y poco a poco, muy poco a poco, fue poniendo, casi peseta a peseta, lo que podía rasguñar de sus míseros bienes, si es que podían llamarse así.

Muchos días apenas comía para que estos ahorros pudieran aumentar y el tiempo que habitualmente dedicaba a su nieta lo empleaba ahora en mendigar en la puerta de iglesias y cines.

Panchita notaba que su abuelo pasaba menos tiempo con ella y un día le dijo: Abuelito, ¿antes me querías más que ahora?.

El viejo la abrazó con fuerza y, con los ojos húmedos, le contestó: No, Panchita. Cada día que pasa te quiero más. Ahora me ves menos porque quiero darte una sorpresa. Cuando sea el momento sabrás en qué consiste la sorpresa.

Y Panchita, que adoraba a su abuelo, se quedó convencida.

Pasados muchos días y muchos sufrimientos, las pesetas ahorradas llegaron a quinientas.

Por fin podría satisfacer la ilusión de Panchita.

Puso el dinero de la caja en una bolsa de plástico y se la metió en el único bolsillo cuyos agujeros no eran tan grandes como para perder la bolsa. Cogió de la mano a la pequeña y se fueron al parque.

El señor que vendía los globos estaba allí. Con muchos globos de diferentes colores y formas.

Se acercaron. El "Tío Juan" le preguntó a la chiquilla que eligiera el globo que más le gustaba.

Naturalmente el globo elegido fue uno rojo y grande. El más rojo y el más grande.

El vendedor les dio el globo. El abuelo pagó. La niña cogió el globo y no pudo decir nada. Ni una palabra. La emoción le impedía hacer nada que no fuera mirar el globo.

En esos momentos no había más mundo que el que llevaba en la mano. Su felicidad era total.

La felicidad del abuelo también.

Así anduvieron un rato por el parque. El abuelo mirando dichoso a la nieta. La nieta mirando dichosa al globo. Y ambos sin mirar ninguna otra cosa.

Tan poco miraban que ninguno se dio cuenta de un pedrusco que se interponía en su camino y al llegar a él, Panchita tropezó y fue al suelo.

Al estirar sus brazos para protegerse de la caída, soltó el globo, que empezó a subir.

Mientras iba subiendo, el abuelo de pie y la nieta sentada sobre la tierra tenían la mirada fija en una bola roja que se alejaba y se empequeñecía rápidamente.

Luego fue un punto sobre el azul y finalmente nada.

Aún tardaron en marcharse. Parece que esperaban por si volvía; pero no volvió.

Panchita no lloró esta vez. Era como si estuviera acostumbrada a los desengaños.

Más tarde, de regreso, cogidos de la mano, pensaba que había tenido un globo rojo y había sido solo de ella. De nadie más. Había cumplido una ilusión y, en el fondo, no estaba muy segura de si debía estar contenta por haber tenido el globo o triste por haberlo perdido.

Por su parte, el abuelo, al principio se apenó mucho, aunque no debía traslucirlo.

Después, mientras su nieta ya dormía, él pensaba que durante todo el tiempo que estuvo recogiendo dinero para el globo fue feliz porque tenía la ilusión de comprarlo para Panchita. Y luego también fue feliz cuando lo compró. Y su nieta fue feliz cuando lo tuvo.

Y siguió pensando que las cosas tristes suceden muchas veces inevitablemente; pero no, por ello, debemos dejar de hacer lo posible por conseguir momentos de felicidad.

Concluyó que toda esta historia había valido la pena y se quedó dormido apoyado sobre los restos de unas puertas viejas que servían de pared.

-- o --

3.- LA CIGARRA

Es verano.

Hace calor.

Tengo trece años.

A estas horas del día apenas se ve a nadie por las calles del pueblo donde paso los veranos. Prácticamente tres meses cada año.

Mi casa está en las afueras. No se sabe muy bien si está al final del pueblo, antes de que empiece el campo, o en el campo, antes de que empiece el pueblo.

Esta situación tiene muchas ventajas para mí. Es estar y, sin embargo, no estar. Puede ser campo y puede ser población. Y la elección es sólo mía. Yo decido según el momento. Según prefiera aislamiento o relación.

Desde el patio trasero de mi casa, bajo la sombra de los jazmines, estoy oyendo el canto de una cigarra en la calle. Aquí les llaman chicharras.

Es incesante, fuerte, penetrante, casi desgarrador. Incansablemente, su sonido, a fuerza de escucharlo, se convierte en parte del ambiente.

Me pregunto cómo puede seguir así tanto tiempo.

Porque, en realidad, no canta. El sonido lo producen sólo los machos con el rápido roce de sus alas.

La cigarra nunca ha tenido buena prensa.

Se la ha comparado muchas veces con la hormiga. Y los fabulistas, como todos, también se equivocan.

Y en esa comparación, siempre es la hormiga la buena, la trabajadora, la ahorradora, la previsor, la solidaria, en fin, la que reúne todas las virtudes.

La cigarra es la bohemia, la despreocupada, la inconsciente....

Pero no es así.

La hormiga guarda para el invierno, para poder comer cuando no pueda salir a buscar alimento, y su supuesta solidaridad no es más que la aceptación de un sistema que le permite su supervivencia y, sin el cual, moriría.

La cigarra no guarda. No tiene necesidad de hacerlo. Sabe que va a morir antes de que lleguen los fríos.

Por eso no pierde el tiempo en ahorrar. Lo aprovecha para cantar, para volar, para disfrutar, para vivir...

En eso distraía mis pensamientos cuando se me ocurrió que, si pudiera coger una cigarra, la pondría en algún tipo de jaula y podría escucharla y verla de cerca.

La jaula debería tener barrotes poco separados para que no se escapara y finos para poder observarla bien.

Así que corté dos pedazos de corcho fino, casi dos láminas, los igualé en sus bordes y los atravesé con alfileres alrededor, de manera que las cabezas estuvieran en uno de los corchos y las puntas en el otro. Estirando uno o dos de los alfileres, quedaría abierta la jaula.

Y ahora había que conseguir coger alguno de esos insectos.

Son animales grisáceos, casi negros, que se detienen en los troncos de los árboles y se confunden con su corteza.

Tienen un gran mimetismo. Es difícil verlos. Hay que guiarse por su canto, acercándose con mucho cuidado, muy despacio, porque, al notar la proximidad de alguien, enmudecen y hay que esperar un rato para empezar de nuevo la búsqueda.

Yo ya había visto a un chico mayor que yo cómo conseguía coger una. Y después de tres intentos, yo también lo logré.

Llevaba un pañuelo en la mano y, cuando tuve la suerte de encontrar una a poca altura, acercándome muy lentamente (tardé diez minutos en recorrer dos metros) puede echar mi mano con el pañuelo sobre ella y cogerla.

Me sentía feliz.

La tenía.

Era mía.

Con precaución la saqué del pañuelo, cogiéndola con dos dedos. Notaba la vibración en las yemas, aunque el sonido era casi imperceptible.

La introduje en la improvisada jaula.

Y esperé su canto.

Fue inútil. Ni un sonido.

Me escondí, dejándola sola en el patio.

Y seguí esperando.

Igual de inútil.

Cansado de esperar, la dejé a la sombra de los arbustos del patio y me fui a jugar con mis amigos, olvidándome de ella.

Al día siguiente, al levantarme, lo primero que hice fue ir a ver la jaula.

La cigarra estaba dentro, silenciosa, tan silenciosa que estaba muerta.

Quedé impresionado. El animalito se había muerto. Y se había muerto por mi culpa, aunque yo no entendí muy bien cuáles fueron las causas de su muerte.

Jamás volví a hacer nada semejante.

Han pasado muchos años y ahora sé por qué murió aquella cigarra.

Una cigarra que no se preocupa por la comida, ni por el futuro, ni por nada que no sea vivir.

Pero lo importante para la cigarra no es simplemente vivir.

Lo que realmente necesita es que esa vida la pueda disfrutar en libertad. Para aquella cigarra, como para otros animales (como los gorriones, por ejemplo), la vida no es vida sin libertad y prefieren morir si no son libres.

Cuando he llegado a comprender esto, también he podido comprender a todos aquellos hombres y mujeres que ofrendaron su vida para no ser esclavos. Para no tener que soportar la esclavitud en sus cuerpos o en sus mentes. A todos aquellos que con su valentía hicieron, hacen y seguirán haciendo posible que la vida sea un poco mejor cada vez.

Gracias a todos ellos.

-- o --

4.- EL SOFÁ

Estoy durmiendo en el sofá.

Un sofá blando, cómodo, que se adapta al cuerpo y que parece arropar a quien se sienta en él.

Un sofá tapizado con seda natural, de diseño exclusivo y que le costó muy caro a mis padres.

Aunque no es este mueble el único caro y lujoso de la casa. La mayor parte de los objetos de la casa son de alto precio. Y la totalidad de ellos de buen gusto.

La vivienda de mis padres consta de tres plantas, rodeada por muchos metros cuadrados de jardín y situada en un lugar donde todas las construcciones son chalés de lujo, edificados sobre grandes parcelas arboladas, sin que, desde cada una de aquéllas, pueda verse la de los vecinos.

Puede decirse de mis padres, sin temor a equivocarse, que son muy ricos.

Tanto mi padre como mi madre proceden de familias muy humildes.

A los 14 años mi padre se levantaba cuando aún no había amanecido y repartía periódicos y cuando llegaba a la escuela había trabajado ya varias horas.

A los 15 tuvo que dejar la escuela para trabajar como aprendiz en un taller. Por las tardes, cuando salía del trabajo, estudiaba y después iba a clases a una escuela nocturna.

Así, con mucho esfuerzo e interés, terminó el bachiller y consiguió una beca para la Universidad donde terminó su carrera, mientras seguía trabajando para sobrevivir.

Mi madre, por su parte, también estudió una carrera, que pudo hacer gracias al sacrificio de sus padres.

Como decía, mis padres son muy ricos.

Pero he oído decir a sus amigos que su mayor riqueza no es su dinero, sino su corazón, aunque no sé muy bien lo que quieren decir.

Mi padre gana mucho dinero con sus empresas; pero regala una gran parte de ese dinero que gana. Y lo regala porque sí. A Fundaciones, Organizaciones benéficas, becas, etc. Multitud de entidades que suelen conocerse por sus siglas y de las que no obtiene más que algún que otro diploma honorífico, reseñas periodísticas...y el que hayan puesto su nombre a algunos colegios y hospitales de otros países. Nada productivo, por lo que deduzco.

Creo que divago; pero es que estoy rabioso. Yo dormía tan tranquilo en el dichoso sofá y mi padre ha entrado en la sala y me acaba de despertar.

Está enfadado conmigo. Eso es habitual en él.

Y no porque yo haya escogido el sofá para dormir, sino por el hecho de estar durmiendo.

No comprende que él tuvo que trabajar duro para hacerse una posición, para tener un lugar en la vida; pero a mí me lo ha dejado hecho.

Y él insiste en que no es así. Que el dinero, la posición, los bienes materiales, hay que ir día a día obteniéndolos y que si se tienen; pero no se obtienen, llegan a desaparecer.

Y que las únicas cosas que permanecen son inmateriales: el conocimiento, la sabiduría, la bondad...

Que la sabiduría la da Dios, la bondad hay que ir forjándola y ejercitándola minuto a minuto y el conocimiento solamente se obtiene por el esfuerzo.

No comprende que yo no necesito estudiar porque no voy a tener que usar el conocimiento. Ya lo usa él por mí.

No comprende que no necesito saber ganarme el pan porque, con lo que mis padres tienen, yo podré tener, no sólo pan, sino cualquier manjar que se me antoje.

No comprende que no necesito ser bueno. Que teniendo una gran fortuna podré tener los amigos que quiera.

Y por eso se enfada continuamente conmigo. Debe ser eso que se llama conflicto generacional.

Se enfada porque no voy a clases y, claro, suspendo siempre. ¿Para qué quiero aprobar?.

Se enfada porque dice que soy egoísta y trato mal a todo el mundo, pequeños y grandes. ¿Para qué quiero tratarles bien?.

Se enfada porque no tengo disciplina. ¿Para qué quiero tenerla?.

En fin, se enfada por cualquier cosa que hago.

Y además, se enfada también cuando no hago nada, que es muy a menudo.

Yo no necesito hacer nada que suponga esfuerzo físico o mental. Tengo todo lo que quiero y por eso me dedico a no dedicarme a nada.

Mis padres dicen que yo soy la cruz que les ha tocado llevar en la vida y me pronostican un futuro amargo e infeliz.

¿Futuro amargo e infeliz? Si lo tengo todo y así continuaré...

Mi padre, abatido, se ha marchado del salón donde me encuentro.

Creo que iba llorando. Al menos eso me ha parecido. Le ha ocurrido alguna vez después de una discusión conmigo. Me parece que tiene la lágrima fácil.

Y los intentos de mi padre por hacerme cambiar resbalan en mí. No hay que hacer caso a sus tonterías. Él tuvo una juventud dura; pero mis circunstancias son otras.

Yo no llego a comprender muy bien el significado de la frase que he oído a veces: remordimientos de conciencia; y como mi conciencia no entiende de eso, no me mortifica en absoluto.

Así que voy a volverme a dormir.

Y continúo durmiendo en el frescor de la sala, rodeado por los cuadros y objetos de arte de las paredes y estanterías.

Sigo durmiendo en este sofá tan blando, tan cómodo, que tan bien se adapta al cuerpo.....

Pero algo se me clava en la espalda. !Qué raro!

Se me clava algo duro que me hace sentir incómodo. !No lo comprendo!

Inconscientemente me muevo para cambiar de posición y noto una sensación muy molesta en mi cara. Algo oprime mi mejilla y giro la cabeza hacia el otro lado, aunque no mejora la sensación. Sólo que ha cambiado de una mejilla a otra.

Y tengo el brazo izquierdo como dormido.

Y el derecho está como trabado. Como si estuviera aprisionado entre unas tablas.

Debe ser un mal sueño. Estoy soñando y quiero seguir durmiendo. El mal sueño se desvanecerá.

Pero no consigo dormirme del todo. Estoy semidespierto.

Una de mis piernas cuelga del sofá y mi pie roza el suelo.

La otra pierna la tengo apoyada sobre algo que no es el sofá.

Abro los ojos. Las paredes del salón no son iguales. Y no tienen cuadros. Ni objetos artísticos.

Son paredes peladas. Si nada en ellas.

Un momento. Sin nada no. Están llenas de cosas escritas. Pintadas con aerosoles, con tizas, con brochas...

Dibujos e inscripciones. Nombres, frases obscenas, símbolos, personas, animales, simples rayas.

Pintadas superpuestas una y otra vez, hasta no dejar ver el color de los muros.

Noto frío.

Hay varias ventanas. Ninguna tiene cristales. A través de ellas se ven unos edificios ruinosos y escombros y se oye cómo entra el viento helado del invierno.

El techo, por una de sus esquinas, deja entrar la luz, como deja entrar el agua cuando llueve.

Hay varias cajas esparcidas por el suelo. Sobre una de ellas tengo apoyada una de las piernas.

No estoy soñando ahora.

Antes estaba soñando. Pero lo de antes no era realmente un sueño. Eran los recuerdos de mi niñez, de mi juventud. Recuerdos que mi mente atrapó y me los hizo llegar mientras dormía. Quizás lo que denominaban remordimientos de conciencia.

Entre las cajas y la suciedad del local se amontonan botellas. Botellas de vino, de licores, de cerveza. De cualquier cosa que tuviera algún grado de alcohol. Y todas vacías. Vacías porque yo las había ido vaciando después de haberlas robado en cualquier sitio.

Cerca de mí, paquetes de tabaco vacíos y colillas. Muchas colillas.

Más cerca una jeringuilla.

Y por cualquier sitio a donde mire, suciedad, mucha suciedad. Y arañas, cucarachas, moscas, y ratas que por su tamaño asustarían a cualquier gato doméstico.

Me incorporo a duras penas del sofá. Tengo todo el cuerpo dolorido y me estoy abrigando (¿abrigando?) con los restos de lo que un día debió ser el toldo de la terraza de una cafetería.

El sofá donde dormía, el sofá, que un día lo fuera, no es ahora más que unos maderos atados con cuerdas que soportan unos muelles. Y encima de los muelles unos cuantos trapos encontrados en los contenedores de basura, que atenúan algo la dureza del metal.

Unos muelles, unas cuerdas, unos trapos y unos maderos sobre los que soñé lo que un día había vivido.

-- o --

5.- EL MIRADOR

Había una vez un país.

Un país como tantos otros.

En ese país había un pueblo.

Un pueblo pequeño, muy pequeño.

Su pequeñez se veía acentuada por las montañas, que, enormes, orgullosas, desafiantes, imponían su presencia desde cualquier dirección hacia la que se mirara.

Pero no, esto no es cierto. Al menos, no es cierto en su totalidad. Había una dirección hacia donde podía dirigirse la vista sin que ésta se encontrara con las montañas.

Esa dirección llevaba al cielo.

Un cielo pocas veces azul, algunas veces blanqueado y generalmente cubierto por unos grises oscuros, aspirantes siempre a ser negros, sin conseguirlo nunca.

Grisés de masas de agua que acudían al lugar acatando las leyes de la Naturaleza y que, al llegar, eran aprisionadas por las montañas, que las abrazaban con impudicia, impidiéndoles huir, para terminar exprimiéndolas y bebiéndoselas y poder, así, ofrecer al mundo la belleza de sus verdes paisajes.

Y en ese pueblo había un hombre.

El hombre era un forastero que había llegado unos días antes. Era muy observador. Y le gustó el pueblo. Y le gustaron las montañas. Y le gustó el paisaje.

Y le dijeron que, desde lo alto de una de las montañas se divisaba una panorámica digna de verse. Naturalmente si se elegía un día propicio, uno de esos escasos días en los que las nubes vacaran.

Muy cerca del lugar recomendado había una casa, habitada solo por un pastor, a la que se podía llegar, desde el pueblo por una vía forestal, apta para vehículos.

El hombre, sin embargo, un día para el que los lugareños le dieron un pronóstico meteorológico favorable, armado sólo de un bastón y de una mochila, en la que puso lo que consideró imprescindible, prefirió obviar el camino más cómodo y subir la montaña atravesando sus entrañas.

El bastón tenía una utilidad polivalente. Era casi un tercer brazo, más largo y resistente que los propios, aunque inflexible. O una prolongación de ellos. Con él podía apoyarse para salvar algún desnivel escarpado, empujar para impulsarse en una pendiente pronunciada, apartar piedras, acercar o separar ramas...

En la mochila puso una cantimplora, comida, varias bolsas de plástico plegadas, una linterna, un encendedor, una navaja multiusos, unos prismáticos de gran alcance, una lupa grande, una cámara fotográfica y un moderno saco de dormir, liviano; pero muy aislante.

Y ese día, cuando la luz natural apenas era la suficiente para distinguir bultos del tamaño de una persona, inició la excursión deseada.

Al salir de la casa donde le habían alquilado una habitación y le procuraban comida, en lo primero que se fijó fue en la paz que envolvía sus casas y sus calles. La tenue luz de las farolas aún no llegaba a mezclarse con la claridad del día que, tímida, solamente se adivinaba porque las estrellas brillaban con menos intensidad.

La Plaza Mayor era el único lugar asfaltado del pueblo. Todo un lujo para sus habitantes. En el resto, algunas calles - muy pocas - estaban empedradas con cantos rodados. Una obra muy laboriosa y antigua. Ni los más ancianos podían asegurar cuándo se hizo. Las demás rúas evidenciaban su doble función de torrente y de vía urbana por los surcos irregulares de la tierra, piedras sueltas y señales de pisadas.

Las casas mejores estaban construidas con anchos muros de piedra sin tallar, toscas ventanas y balcones de madera. Otras, más humildes, se conformaban con adobes. Y todas, cubiertas con pizarra.

Las puertas solían estar hechas con tablones sin afinar en los que se incrustaban viejas cerraduras oxidadas e inútiles por la falta de uso.

Por doquier crecían árboles de distintas especies, que nadie había plantado y que nadie se había atrevido a quitar.

Árboles que coadyuvaban a sentirse en el campo más que en una población. Árboles diseminados entre las casas y en medio de las calles. Árboles donde anidaban y dormían pájaros que, en los inicios y finales del día, alegraban y acompañaban con sus cantos a los vecinos del lugar.

Apenas dejó las últimas casas, el hombre se encaminó por una senda, mientras la aurora se hacía más patente y, por tanto, mayor la seguridad en el andar.

Al llegar a los pies de la montaña, abandonó la senda, que continuaba bordeándola y empezó la subida.

Al principio la vegetación era espesa y la humedad se pegaba en la piel. Afortunadamente el chubasquero que llevaba puesto le protegía.

Amanecía, aunque la luz encontraba muchas dificultades para alcanzar la tierra. Los arbustos crecían entre la arboleda y las diferentes tonalidades de verde, matizadas por los rayos que lograban escabullirse entre las ramas de los árboles y que volvían traslúcidas algunas hojas, daban un aspecto, a la vez hermoso e inquietante, al lugar.

Entre tantas ramas y hojas el hombre encontró varias especies de florecillas. Diminutas, de pálidos colores, escondidas, aparentemente avergonzadas entre tanto gigante.

Florecillas que, sin embargo, fueron encontradas, acariciadas, admiradas, remiradas con la lupa y posteriormente fotografiadas.

Ya hacía rato que la montaña había despertado. Y sus sonidos, siempre repetidos y siempre distintos, acompañaban al hombre; pero la sensación era paradójica. Su compañía era como si le estuvieran recordando su soledad.

En su ascensión, el hombre, fue atravesando por parajes muy variados. Uno de los atractivos de aquella montaña era su diversidad.

En mitad de la ladera el bosque desaparecía y la tierra fértil estaba poblada por multitud de plantas, que, a su vez, ofrecían al espectador las excelencias de sus flores a las que acudían multitud de insectos por aire y por tierra, como mariposas, abejas, orugas, hormigas...

Para el espectador meticuloso era todo un espectáculo del teatro de la vida.

Algunos árboles rompían la perspectiva y daban cobijo a otros seres vivientes.

Más arriba las rocas semidesnudas sólo dejaban crecer entre sus hendiduras algunas plantas raquílicas que, teniendo todos los elementos en contra, los superaban y conseguían vivir y crecer, incluso reproducirse.

Al fin, después de un largo día de ascensión, el hombre llegó a la cima y al mirador. Y desde allí, con ayuda de sus prismáticos y a simple vista también, pudo comprobar la exactitud de los elogios que le habían hecho del lugar.

Allí permaneció hasta que se hizo de noche y, guiado por el resplandor de la luna, se dirigió a la casa del pastor para pernoctar.

El pastor, que conocía la fama del mirador de la montaña y que había conocido a muchos visitantes que solían llegar en vehículos de los llamados todoterreno, le preguntó al hombre por qué no había hecho lo que consideraba normal, lo que hacía todo el mundo: subir en coche, comer tranquilamente arriba y luego volverse al pueblo descansado y satisfecho por lo visto.

El hombre meditó unos momentos la respuesta. Debía ser capaz de explicar sus razones.

Y dijo:

Si hubiera hecho lo mismo que los demás habría disfrutado del paisaje, cierto, y eso es lo que pretendía; pero el paisaje es una vista global, una visión del conjunto, un cuadro compuesto por millones de pinceladas, todas ellas bellas, y que, en armonía, forman ese maravilloso concierto del que están tan orgullosos.

Y yo pretendía algo más. Quería disfrutar de la visión de esos elementos aisladamente, de sus sonidos. de sus aromas... Quería admirarlos, en lo posible, por sí mismos. Quería, antes de disfrutar del concierto, disfrutar de cada uno de sus instrumentos. Y quería que mi corazón no aplaudiera a una orquesta magnífica, sino después de haber aplaudido a cada uno de los intérpretes que son los que, uno a uno, la hacen posible.

-- o --

6.- LA PESCA

El verano está acabando y el otoño empieza a asomar.

Aún no ha amanecido.

La barca está saliendo del puerto, acompañada por el monótono sonar del motor diesel.

El mar está tranquilo y el día se presenta bueno. La luna hace horas que desapareció y el cielo, despejado, nos está mirando con miles de ojos brillantes, que los iré viendo apagarse. Irán desapareciendo tan lenta, tan silenciosa, tan suave, tan tímidamente, que apenas notaré cómo su luz se irá disolviendo en la luz de la aurora.

¿Por qué asociamos fenómenos naturales tan diferentes? Cuando pongo un cubito de hielo en el agua y miro cómo, sin casi apreciarlo, se transforma en la misma agua que lo sostenía, la imagen de las estrellas fundiéndose con la claridad del amanecer acude a mi mente.

Al poco de salir del puerto he puesto el curricán. Es un sedal que se suelta por un costado o por la popa, llevando en su extremo una cucharilla o una pluma unida a un anzuelo y, algunos metros antes, un plomo que evita que el anzuelo quede en la superficie.

La velocidad de la embarcación - y del curricán - hace girar el señuelo del extremo bajo el agua, semejando un pececillo, que engancha a los mayores que tratan de engullirlo.

El curricán, quizás debido a la zona que frecuento, es poco efectivo; pero, cuando se coge alguno, es grande.

Ya llevo un rato navegando. Hay luz natural. No he cogido nada aún. Estoy a algunas millas de la costa y lo más próximo que se divisa sobre el mar parece del tamaño de un barquito de papel.

Creo que estoy en buen sitio. Recojo el curricán, apago el motor, monto la caña, armada con varios anzuelos a los que coloco cebo y los echo al agua.

Durante un rato van picando y voy recogiendo pescado, que va a parar a un cubo.

Cuando se recoge el sedal, con la caña combada por la resistencia y el peso de la pesca, el corazón aumenta su ritmo. Es la respuesta a la emoción y a la curiosidad: ¿qué estamos sacando? ¿cuántos van? ¿de qué tamaño? ¿de qué clase?. En el mar nunca se sabe. Cada vez puede ser diferente y esto es un aliciente añadido.

Han parado de picar. He debido de alejarme del sitio inicial. El mar te lleva sin pedir permiso.

Aprovecho para comer algo y tomar parte del café que llevo en el termo.

Mientras saboreo el café disfruto de la paz que me envuelve.

He de poner en marcha el motor para volver a situarme en un buen lugar; pero me resisto a romper el silencio y espero durante unos minutos mirando cómo vuelan unas gaviotas a mi alrededor.

Cerca, un cormorán busca comida. Se mueve aparentando un nerviosismo que no tiene. De repente se zambulle y desaparece durante un rato, saliendo luego a muchos metros de distancia, posiblemente con el buche más lleno. No dejo de sorprenderme cada vez que veo a uno de estos buscando comida: por el tiempo que permanecen sumergidos y por la velocidad que alcanzan debajo del agua.

Enciendo el motor y cambio de lugar.

Pesco un rato...dejan de picar...llevo la barca a otra posición...Durante la mañana suelo repetir estas operaciones varias veces.

El sol ya está bastante alto. Empieza a hacer calor y los peces dejan de picar definitivamente. Ya no volverán a hacerlo hasta el atardecer, salvo algún despistado que se aparte de la norma.

Recojo la caña. Guardo todo lo que he estado usando. Saco unas tijeras y dedico la siguiente media hora a limpiar todo el pescado que he cogido.

Hoy comeré pescado fresco y aún quedará suficiente para regalar y guardar en el congelador. Ha sido un día fructífero.

El cubo no está lleno; pero sus tres cuartas partes están ocupadas por el fruto la mañana. Hay de muchas clases y también sus tamaños son muy diferentes. Antes de empezar separo los cuatro que hay llamados arañas. Tienen tres púas en la aleta dorsal con un veneno muy potente, y hay que tener la precaución de cortarlas para evitar accidentes. Como también he tenido antes la precaución de ir contándolos cuando los iba pescando.

Miro dentro del cubo y las escamas reflejan al sol la variedad de colores. Realmente es una visión atrayente. Me pregunto cómo la evolución ha propiciado este cuadro multicolor tan bello. Rojos, verdes, azules, amarillos...se mezclan con el fondo plateado que tiene la mayoría. Pero, incluso en estos, los matices distinguen a unos de los otros.

Una vez limpio, lo guardo y tiro al mar los restos para que sirvan de alimento a otros.

Me lavo las manos, que huelen igual que si fuera una sirena, saco el termo y me sirvo otro café.

Sentado, mientras lo tomo tranquilamente miro a mi alrededor: mar, mar y mar, salpicado por algunos puntos a lo lejos en los que adivino otras barcas.

Sólo en una dirección se ve la costa.

Y silencio, silencio, silencio y más silencio.

Puede decirse que los únicos sonidos que escucho son los de mis pensamientos.

Pienso en muchas cosas.

Pienso que, en medio de la mar, estoy en un lugar privilegiado para seguir pensando.

Y pienso que también es un lugar privilegiado para disfrutar de esa tranquilidad que tanto solemos necesitar y que tanto añoramos cuando nos encontramos inmersos en el ruido urbano, soportando algunos de los inconvenientes de la civilización.

De nuevo varias gaviotas revolotean sobre la barca y me distraen momentáneamente con sus sonidos.

Cuando se alejan, dejando que mis oídos vuelvan a su descanso, retomo el hilo de mis pensamientos donde lo dejé.

Los adelantos técnicos nos evitan trabajos, nos alargan la vida, nos proporcionan distracciones, nos hacen la vida más cómoda...

¿Más cómoda...?

Realmente los adelantos técnicos son muy importantes y no sabríamos vivir sin ellos. Pero la Humanidad ha de tener la prudencia suficiente para compaginar los avances de la ciencia, que nos hacen vivir mejor, con el debido respeto a la Naturaleza.

Si enarbolamos la bandera de la técnica sin respetar el legado natural de nuestros abuelos, no tendremos nada bueno que dejar a nuestros nietos.

Tampoco hay que encerrarse en un absurdo inmovilismo.

El sol calienta fuerte. Antes me había quitado la gorra y, absorto en mis reflexiones, no me había dado cuenta.

Me cubro la cabeza de nuevo, arranco el motor y me dirijo a la costa.

Al llegar a puerto atraco la barca, le echo agua a presión con la manguera para limpiarla, cojo el cubo con el pescado y subo al coche para ir a casa. En una media hora estaré allí.

Atravieso entre calles estrechas, llenas de coches aparcados, y me dirijo a una entrada de la autopista que me dejará en mi ciudad.

Por la autopista, de tres vías por cada sentido, circula gran cantidad de coches a mucha velocidad. Dos kilómetros después de haber accedido a ella he de detenerme. Hubo un accidente y se ha cortado el tráfico. Entre bocinazos y conductores enfadados que se han apeado y pasean nerviosos protestando entre los coches parados transcurre casi una hora hasta que podemos volver a ponernos en marcha, aunque muy lentamente.

Al llegar a la ciudad, más tarde de lo previsto y ya en hora punta, me encuentro con unas calles invadidas por la civilización. Coches con las ventanillas abiertas y la radio a todo volumen. Motos cuyos tubos de escape semejan cañones. Gases de motores inundando nuestras narices. Peatones hablando por teléfonos móviles como si fuera una nueva droga. Un gran atasco que comprende casi toda la ciudad.

Cuando, por fin, llego a casa, casi dos horas después de lo previsto, sigo pensando en todos los inconvenientes de la civilización.

Es muy tarde para empezar a preparar la comida y estoy cansado.

Pongo en marcha el aire acondicionado, cojo un plato congelado de los que venden ya preparados y lo pongo en el horno microondas. En unos minutos, mientras miro la televisión, estará a punto de comerlo.

-- o --

7.- LA JARDINERA

Es domingo.

Estoy sentado en un balancín.

Su suave movimiento me relaja.

Mis pensamientos fluyen libremente por mi mente.

A estas horas todavía no da el sol en este lugar.

El balancín lo tengo junto a la pared de la casa y domina la mayor parte del jardín que, en declive en una partes y llano en otras, se extiende por la parte posterior.

Cuando terminé de desayunar me entretuve regándolo y el suave frescor que dan la tierra y las plantas mojadas es como una caricia en la piel, que alivia el calor.

Mientras me balanceo, vestido con una camiseta y un bañador y calzado con unas cómodas alpargatas, cierro los ojos para apreciar más el suave vientecillo que llega hasta donde estoy y el aroma mezclado de las diferentes clases de flores que crecen en el jardín, junto con el de la tierra mojada.

El agua de la manguera, al limpiar las hojas y agitarlas, hace que su olor llegue con más intensidad y puedo distinguir alguno que se destaca entre los demás.

Pienso que a las flores les pasa como a las personas. Las hay de colores muy atractivos y de formas bellísimas; pero no tienen olor. En cambio, otras, más humildes, menos atractivas, tienen un aroma penetrante. Un nardo o una pequeña flor de jazmín esparcen a su alrededor las señales de su existencia, atrayéndonos inconscientemente.

Me levanto para preparar una jardinera que he comprado. Es grande, muy bella y está vacía por dentro, tal como me la vendieron..

Pongo unas piedrecitas sobre los agujeros inferiores y encima tierra abonada, a punto para poder plantar.

Pienso en que una diminuta semilla, de aspecto despreciable, puede producir plantas preciosas, árboles frondosos, flores de bellos colores o sabrosos frutos.

Pienso en esto cuando introduzco en la jardinera un esqueje de un rosal, con parte de sus yemas enterradas. Aprieto la tierra alrededor y le echo agua.

Después vuelvo a sentarme en el balancín y sigo pensando.

Y reflexiono sobre cuáles son las bases que han dado lugar a mis pensamientos, a todos los pensamientos que han pasado y pasarán por mi mente.

¿Son bases originarias o sobrevenidas?

¿Pienso como pienso porque mis células, mis neuronas, conservan lo aprendido por mis antepasados?

¿O pienso como pienso porque, desde que nací - acaso desde antes de nacer - mi cerebro ha ido captando y almacenando información que, una vez asimilada, sirve para generar el contenido de mis pensamientos?

¿O es el resultado de una combinación de ambas?

Unos pajarillos se alborotan entre los arbustos y me distraen momentáneamente con sus sonidos.

Cuando se alejan, dejando que mis oídos vuelvan a su descanso, retomo el hilo de mis pensamientos donde lo dejé.

Creo que nuestros pensamientos, que son el reflejo de nuestra personalidad, son el resultado de la combinación de lo que somos al nacer y de lo que vamos aprendiendo, aunque no en la misma proporción.

Nuestro cerebro es como una jardinera, de buen material y bien acondicionada para que la tierra y las raíces de las plantas no se calienten demasiado con el sol, que puedan respirar bien y tengan buen drenaje.

Todas esas cualidades las recibimos al nacer y son cualidades que, como el material de la jardinera, se han ido perfeccionando con el paso de cada generación. Cada persona acumula nuevas experiencias y conocimientos que, aún en partículas inapreciables por ínfimas, transmite a sus hijos a través de sus células y es un proceso que se repite y se renueva con cada nacimiento.

La jardinera está preparada para que vayamos echando la tierra, el agua y el abono necesario para que puedan crecer las plantas.

Y esa tierra, esos nutrientes que van entrando en la jardinera son los conocimientos y las experiencias que vamos adquiriendo a lo largo de nuestra vida.

Nuestro cerebro va recibiendo la información exterior. Millones de datos que van acumulándose, sin que, por muchos que se reciban, llegue nunca a saturarse aquél. Al contrario, cuanto más alta sea la frecuencia de llegada de la información, más capacidad tendrá para acumular y asimilar la que se reciba posteriormente.

Y es importante que la información que se reciba sea la apropiada. Si la información recibida es buena, nuestros pensamientos crecerán rectos y nuestras acciones, fruto de ellos, serán sanas y serán nueva semilla aprovechable.

Pero también es importante conocer las dificultades.

Una planta que se le riega demasiado muere ahogada. En cambio, si la planta ha tenido algunas veces escasez de agua, sus raíces habrán ido ahondando en la tierra en busca de la humedad y, cuando la planta haya crecido, podrá superar con éxito períodos de sequía porque habrá desarrollado recursos suficientes.

En cambio, una planta que haya estado siempre muy protegida y regada, si alguna vez, por cualquier circunstancia, dejamos de regarla, no será capaz de superar la dificultad y se secará.

A nosotros nos suele pasar igual. Si en nuestra infancia y juventud hemos estado demasiado protegidos de las inclemencias, si nos han dado demasiadas facilidades, si nuestro jardinero no supo enseñarnos a buscar la humedad porque siempre estuvo demasiado atento a darnos agua, incluso antes de necesitarla, cuando hayamos crecido y surja algún obstáculo, cuando los problemas de la vida salgan a nuestro encuentro y nos abrumen, no sabremos cómo reaccionar y lo haremos mal porque nuestro cerebro no tendrá la capacidad y la experiencia necesarias para ello.

Sobre la jardinera que llevo sobre los hombros ya da el sol.

Me levanto del balancín para entrar en casa con la esperanza de que la planta que acabo de plantar crezca, se llene de hermosas rosas y, de sus ramas, puedan obtenerse nuevos rosales.

-- o --

8.- LOS CAMELOS

En el pueblo hacen mercado los miércoles y los sábados. El del sábado es mayor. Acuden más vendedores y llevan más género.

Los puestos se extienden por toda la plaza. De todas las casas acuden las mujeres o los hombres a dar una vuelta y hacer la compra, aprovechando para encontrarse con otros vecinos y, entre manzana y lechuga, lanzar algún chisme o comentar los acontecimientos más recientes.

Si la compra ha sido abundante, se deja una o dos bolsas en alguno de los establecimientos de la zona o en casa de algún vecino y más tarde se recoge.

Desde la plaza hasta mi casa hay un buen trecho y todo es cuesta arriba. Las calles del pueblo son muy empinadas. Esto le da un especial carácter; muy atractivo, y endurece los músculos. Es muy sano; pero cuando se llega arriba no siempre se tiene el humor o el espíritu tan receptivo como para admitir todas estas delicias con la sonrisa en los labios. Más bien, se puede tener la boca abierta...por el cansancio.

Ese sábado llegué a casa, después del recorrido sabatino habitual, soportando el calor y el peso de la compra.

Apenas hube entrado y aliviado los brazos de su penitencia, empecé a prepararme un café para reponer algo las fuerzas.

En ese momento llamaron a la puerta. Mi vecina, que me había visto llegar, entró para estar un rato.

Es habitual entre nosotros que vayamos a pasar unos minutos a la casa de al lado, con cualquier pretexto, y charlemos.

Mi vecina tiene cuatro hijos. El menor de ellos, Paco, de unos tres años, le acompañaba. A Paco le encanta venir a mi casa.

Nos hace mucha compañía y nos hace reír con sus ocurrencias y sus reacciones infantiles.

A veces, cuando a algo dice que no, yo digo sí, y él no, y yo sí, hasta que, después de varias repeticiones, de repente, yo cambio la cantinela y digo no. El niño queda desconcertado durante unos instantes, hasta que reacciona y, pesa más en él el juego que llevábamos que lo que inicialmente no quería, y me contesta, muy seguro de sí mismo, que sí. Entonces los dos reímos y cambiamos de entretenimiento.

Pero lo que siempre me llamó mucho la atención fue su actitud ante una caja de caramelos.

En casa tenía una caja metálica. Tenía la forma de un dado partido por la mitad; pero en grande. Originalmente era de galletas. Pero hacía muchos años que se comieron. Ahora era una caja de un color oscuro indefinido, entre ocre y rojizo y con capacidad para varios kilos de caramelos.

Siempre tenía, al menos, más de la mitad de su capacidad con caramelos de muy distintas clases. Nunca se dejaba que su contenido estuviera por debajo del ecuador. Antes de que llegara a esta peligrosa situación, se añadían nuevas existencias.

Y los niños de la vecindad la conocían muy bien. Incluso conocían perfectamente dónde solía tener la caja: en una gran despensa, junto a la cocina, y con acceso fácil, ya que no solía estar parada mucho tiempo.

Creo que la calidad de los caramelos importaba muy poco a los golosos consumidores que, cuando me veían aparecer, ponían esa mirada infantil tan expresiva, que hace innecesario decir nada para que sean comprendidos.

Lo que más llamaba la atención a los chiquillos era la diversidad de las envolturas, la gran variedad y la viveza de colores de los papeles que envolvían a los caramelos. Rojos, verdes, amarillos, azules... Lisos, a franjas, con dibujos... De papel corriente o de celofán. En fin, todo un mundo de imágenes y colores, que se comía por los ojos más que por la boca.

Y cuando de la caja sacaba los caramelos y entregaba su ración al expectante público, su semblante y sus incontenibles manifestaciones de contento suponían para mí un pago más que suficiente por la entrega.

Ese sábado, mientras los mayores hablábamos y nos preparábamos un café, Paco desapareció de nuestra vista y se metió en la despensa. Cuando nosotros entramos allí, estaba muy quieto mirando fijamente a la caja de los caramelos. Al vernos, estiró su bracito señalándola.

No podía frustrar sus esperanzas, así que cogí la caja y con mucha solemnidad la llevé al patio, seguido por el niño que no quitaba la vista del objeto de su deseo.

Puse la caja, todavía tapada, en el suelo y nos pusimos a observar lo que ya había sucedido otras veces.

Paco trató de abrir la caja, de quitar la tapa cuadrada que le impedía ver lo que ya sabía que había dentro.

Después de varios intentos fallidos y antes de que se pusiera más nervioso destapé la caja, me llevé la tapa y dejé la caja abierta, con los colores interiores clavándose en los ojos y en la mente de Paco.

El niño metió sus dos manitas en la caja y con ellas aprehendió todos los caramelos que pudo, cerrándolas lo imprescindible para que no se le escaparan. A pesar de ello, varios se le volvieron a caer dentro de la caja.

Giró sus manos, orientando el interior hacia arriba y se quedó mirando los colores que asomaban entre sus dedos.

Estuvo así unos segundos y luego su vista se dirigió al interior de la caja. Dentro había más colores que en sus manos. Y seguramente le parecían más atractivos.

Pero ¿por qué iba a dejar lo que había dentro por lo que cogía? ¿Por qué tenía que perder los que habían en la caja, si eran tan bonitos?

Soltó los que tenía en las manos, que se mezclaron con los otros, y volvió a meterlas, cogiendo todos los que pudo, que eran, más o menos, como la primera vez. En cantidad y en belleza.

Ahora sí que parecía que los que tenía eran mejores. Y los estuvo mirando con atención, aparentemente satisfecho.

Pero volvió a mirar el interior de la caja y su seguridad se tambaleó de nuevo.

Vació las manos en la caja y trató de coger otra vez los que más le gustaban, que eran todos.

Se quedó inmóvil mirando sus manos y entonces retiré la caja. Sabía, por experiencia, que esta situación se haría interminable si no intervenía.

Entonces Paco, satisfecho, sin acordarse de la caja, se iba con sus caramelos a disfrutar de su tesoro.

A todos nos parecía absurda la reacción del niño y nos reíamos de su falta de lógica.

Pero ahora sé que éramos nosotros los errados. Que aquella actitud infantil encerraba toda una filosofía.

Intuía, mejor dicho, sabía que sólo podía llevarse todos los que pudiera abarcar con sus manos.

Que, cuando se llevara los que tuviera, desechaba los que no cogiera.

Y esta pérdida era la que no lo gustaba. Todos eran importantes. No quería renunciar a ninguno y los que desechaba ¿no eran mejores que los que cogía?

Ahora sé que, cuando tomamos una decisión, estamos descartando algo.

Toda opción es una renuncia.

La vida se compone de opciones y, por tanto, de renunciadas continuadas.

-- o --

9.- EL PASAJERO

Está nevando mucho.

Sobre las aceras se acumula la nieve dificultando la marcha de los escasos peatones.

En la calzada las ruedas de los coches la han mezclado con la suciedad, transformándola en un asqueroso amasijo, húmedo y pastoso.

Hace mucho frío.

En los lugares donde no hay resguardo y no se pisa se ha convertido en hielo.

Me siento en los escalones de un portal, más que para descansar, para resguardarme de la intemperie.

La ropa que llevo, si es que puede llamarse así, me abriga muy poco.

Unos calcetines agujereados dentro de unas botas de goma enormes, dentro de las cuales, los pies pueden bailar sin temor a tropezar con los contornos. Las botas las encontré en un contenedor de basura y es la mejor prenda que tengo.

Los pantalones solo me llegan a los tobillos y son de tela demasiado delgada.

No llevo camiseta, pero sí dos camisas, una sobre otra, de distintos colores y tamaños. Encima un jersey de mujer y, sobre él, algo que, en sus tiempos era una chaqueta.

Un retal de una manta vieja me sirve de bufanda y, como es largo, llega incluso para cubrirme la cabeza.

Y no es que todos estos harapos con que me cubro me afeen, ya que soy bajito, bastante cargado de espaldas, tengo las piernas algo arqueadas y mi cara...es mejor no mencionar mi cara porque, cuando la miro en el espejo de algún escaparate, siento vergüenza.

El frío y el hambre me tienen algo aturdido. Sin embargo, creo que es la tristeza lo que más me afecta.

Creo que soy muy desdichado. No tengo nada. Absolutamente nada.

Una ciudad tan alegre para los demás como es ésta, qué poco lo es para mí.

Una ciudad famosa por la belleza de sus parques, por la magnificencia de sus calles, por la grandiosidad de sus edificios, por la luminosidad de sus escaparates.

Pero todas estas cualidades no tienen ningún significado para mí. Con mis carencias soy incapaz de apreciarlas.

Ahora estoy en las afueras de la ciudad.

Acabo de comer la sopa caliente que diariamente dan en un establecimiento de caridad. Para poder tomar algo que alivie el frío y entretenga el estómago, he guardado cola, como siempre, junto a otros desheredados de la suerte, como yo.

Tengo unas monedas que me servirán para pagar el billete del autobús hasta el centro.

Allí trataré de mendigar, entre la gente que transita y va de compras.

Hay tres líneas de autobuses que pasan por aquí y después tienen parada en las zonas más céntricas, ricas y comerciales. El precio del billete es idéntico, pero espero al que da más rodeo.

No tengo prisa por llegar y, mientras voy en el autobús, el calor del aire acondicionado y el que despiden los cuerpos me ayuda a mitigar el rigor invernal que llevo metido dentro.

El portal donde estoy sentado está junto a la parada del autobús.

Pasa uno - el que hace el recorrido rápido - y lo dejo ir.

Transcurridos unos minutos llega otro. Es el que me interesa.

Lo paro, subo y pago con las monedas que llevo.

El cambio tan brusco de temperatura hace que mi cuerpo reaccione agradablemente.

Va casi vacío. Durante el trayecto se irá llenando.

Me siento detrás de las únicas personas, además del conductor, que ya estaban dentro: un hombre y una mujer.

El cálido ambiente hace que me entre cierto sopor; pero, como tengo pocas cosas en qué pensar, me fijo en la pareja que llevo delante.

La mujer pasaría inadvertida entre la gente, tanto por su aspecto físico como por su indumentaria. Sería una más entre tantas.

Sin embargo, el hombre me llama la atención. No estoy muy seguro del por qué.

A pesar de estar sentado, se aprecia que es alto y va con el cuerpo erguido.

Lleva gafas con cristales oscurecidos.

Es un hombre maduro, con el pelo encanecido y, aunque no entiendo de belleza masculina, diría que es guapo, de nobles rasgos.

Pero lo que más destaca de él es su porte, la distinción que parece innata en él.

La mujer mueve la cabeza continuamente, bien sea hacia los lados, bien sea para hablar con el hombre. Debe ser bastante nerviosa.

El pasajero no mira a su alrededor. Mantiene su cabeza siempre en la misma dirección frontal. Sólo la acerca levemente a su compañera para escucharla.

Va vestido elegantemente. Traje oscuro con chaleco, camisa blanca y corbata de seda. El abrigo lo lleva doblado sobre las piernas y por debajo de las mangas de la chaqueta se ven los gemelos brillantes y un reloj de oro.

Es la típica persona que aparenta tener de todo. Dinero, belleza, elegancia...Y debe sentirse muy feliz por ello.

Cuando pienso en todo lo que debe de tener este pasajero de mi autobús y en lo poco – en realidad nada - que tengo yo, un sentimiento de envidia aparece en mi corazón.

Cuánta desigualdad.

Ahora me cambiaría por este pasajero. Con los ojos cerrados. Asumiría todos sus problemas, todos sus inconvenientes, incluso el que sea mayor que yo o que tenga alguna enfermedad grave. Solamente por poder ser como él durante un tiempo correría con todos los riesgos.

Pero no, esto no es posible. Cada uno tiene lo que tiene. Y, en este caso, él tiene todo lo bueno y yo todo lo malo.

Hemos llegado a nuestro destino. El pasajero y su acompañante se levantan, al igual que lo hago yo, para descender del autobús.

La mujer le ayuda a ponerse el abrigo y le coge del brazo mientras se dirigen a la puerta, bajando despacio. Yo bajo detrás de ellos.

El autobús sigue su camino y la pareja parece que va a cruzar la calle.

El hombre estira una especie de batuta blanca que llevaba en la mano y la transforma en un bastón. Un bastón sin empuñadura, delgado, ligero y blanco, que apunta en diagonal hacia abajo y hacia adelante, con un ligero movimiento por la punta de un lado a otro. Con la mano libre la coge a ella del brazo.

Así cruzan la calle lentamente, mientras él levanta algo más el bastón por el extremo.

!Está ciego!

!El hombre que lo tenía todo no ve!

Y yo queriéndome cambiar por él. Cambiar mis necesidades materiales por la oscuridad total.

No puede disfrutar de la belleza de las flores, de las estrellas, de las luces... de nada que necesite del principal de los sentidos. Y, a pesar de eso, se le veía feliz. Ningún gesto, ninguna actitud que pudiera hacer sospechar su ceguera.

Y yo sintiéndome desgraciado.

Ahora me doy cuenta de lo que tengo y no era capaz de apreciarlo.

Echo a caminar entre la gente.

Las mujeres llevan abrigos de colores.

Los escaparates están adornados con objetos preciosos.

Los ramas de los árboles tiene formas caprichosas.

Circulan lujosos coches por la calle.

Paso por delante de un edificio con un amplio portal y ventanas con rejas formando dibujos artísticos.

Como en otras tardes, extendiendo la mano a los transeúntes pidiendo algo de lo que les sobra; pero hoy lo hago con una sonrisa en los labios.

Hoy estoy disfrutando de cada cosa, de cada detalle sobre el que poso mi vista y todo, absolutamente todo lo que veo, me gusta. Todo es bello. Todo merece la pena ser visto.

!!!Y yo puedo verlo!!!

-- o --

10.- EL RAMO DE FLORES

Son las 11 de la mañana de un soleado lunes de primavera.

Soy una persona como tantas otras, corriente. Tan corriente que hasta mi nombre y apellidos se pueden contar por miles en la guía telefónica. Me llamo José García López.

Trabajo en el centro de la gran ciudad donde vivo, en un restaurante que cierra los domingos por la noche y el lunes todo el día.

Es durante las tardes de esos dos días cuando puedo salir con mi mujer a pasear, al cine o de compras.

Las mañanas de los lunes las aprovecho para estar en casa leyendo o haciendo algún arreglo de los que surgen a menudo en cualquier casa y, si son, como la nuestra, de construcción barata, con mayor motivo. Vivimos en una zona de grandes bloques de viviendas. El nuestro tiene ocho plantas de altura y cuatro viviendas por planta).

Ese día también hago yo la comida porque mi mujer, que es funcionaria, sale del trabajo a las 3.

El resto de la semana salgo de casa a las 10 y no regreso hasta pasadas las 2 de la madrugada. Mi horario laboral y la distancia me impiden pasar más tiempo con mi mujer y lo lamento, más por ella que por mí, ya que, como no tenemos hijos y la familia de mi esposa es de otra región, debe aburrirse mucho por las tardes.

Hoy me estoy dedicando a arreglar parte de la instalación eléctrica de la cocina. Hay varias cajas que están en mal estado.

Con una camisa rota, pantalones viejos y zapatillas cómodas he llenado el suelo de la cocina con cables, destornilladores, cinta aislante, alicates y toda una serie de herramientas de las cuales, como siempre, utilizaré solamente una pequeña parte.

Cuando me dedico a estas faenas, parece que estoy en un campo de batalla. Todo está esparcido a mi alrededor; pero, como estoy solo, al único que puede molestar es a mí y no protesto nunca por eso.

He cortado la corriente, desarmado todas las cajas y estirado los cables hacia afuera. Parece que les he sacado las tripas y las tienen colgando.

Ahora, con paciencia, empiezo a quitar la primera de la pared para sustituirla con una nueva.

Doy algunos golpecitos con una herramienta para ayudar en la operación.

Sorprendentemente mis golpes son contestados por otros más fuertes.

Son golpes en la puerta. ¿por qué?

¡Claro!. El timbre no funciona porque corté la corriente y quien llama ha tenido que golpear la puerta.

Dejo mi trabajo y abro.

Un chico joven pregunta -¿Señora García?

Cuando hago un gesto entre afirmativo y dubitativo, decididamente y sin decir nada más, me alarga un precioso ramo de flores y un sobre con la solapa abierta.

Mi cerebro rápidamente me avisa que algo no está bien y mi corazón parece que se ha vuelto loco y corre, sintiendo en mi pecho los fuertes y rápidos latidos.

Miro el sobre y leo la difícil letra manuscrita: Sra García - Calle Cervantes 43 - cuarta.

No hay equivocación. Mi esposa es la señora García, mi calle es Cervantes y vivimos en la primera planta, puerta cuarta.

Me quedo mudo, sin poder reaccionar. Aún no sé quién pudo enviar esas flores de las que no puedo apartar la vista.

El chico, que sigue en la puerta, carraspea para llamar mi atención.

Sin soltar ni el ramo ni el sobre, mecánicamente voy a buscar unas monedas que le doy al chico y cierro la puerta.

Vuelvo a la cocina y sin prestar atención a todo lo que hay por el suelo, incluso en el fregadero, deposito el ramo en la camilla y me siento.

El sobre está abierto; pero no me atrevo a sacar la tarjeta que se adivina en su interior. Tengo miedo a leerla.

Miro el nombre y la dirección escrita. Seguramente lo escribió la persona que hizo el encargo porque es una letra parecida a la que hace mi médico en las recetas. Si el sobre lo hubieran escrito en la floristería habrían puesto más cuidado. El que lo escribió debía estar nervioso.

¿Nervioso? ¿por qué?. Yo sí que estoy nervioso.

Quizás su nerviosismo era porque no sabía si enviar o no las flores. O porque no estaba seguro de que las recibiera la interesada. O porque no la conocía.

¿Pero cómo va a enviar unas flores a una mujer a la que no conoce?

Seguro que la conoce. Y también sabe que yo trabajo todo el día. Por eso las ha enviado.

Lo que ignoraba es que yo libro los lunes. Claro, ese ha sido su error.

Pero ¿por qué estoy dando vueltas al asunto sin siquiera saber lo que dice la tarjeta?. Estoy reaccionando de una manera irracional y eso no debe hacerse.

Saco la tarjeta del interior.

Es una cartulina blanca en la que, con la misma letra que el sobre dice: “Cariño, el recuerdo de la maravillosa tarde de ayer me ha acompañado toda la noche. Andrés”.

La tarjeta me cae de las manos, mientras parece que me falta el aire.

Mi cabeza arde y multitud de ideas acuden a mi mente en tropel. Todas lógicas y todas disparatadas.

Estoy muy poco en casa... Mi mujer se aburre... Ha sido por culpa de ese tal Andrés... Todo es una broma pesada... Mi mujer es incapaz de engañarme... ¿Cómo he estado tan ciego?... ¿Habría sido aquí, en mi propia casa?... No debo de pensar así... Cuando ella llegue seguro que me lo explicará y no será nada importante... Si siempre se dice que el marido es el último en enterarse...

Durante mucho rato - la noción del tiempo la he perdido - mis ojos están fijos en el ramo mientras mi cerebro se bloquea.

No soy capaz de pensar con algo de lógica, mucho menos con serenidad. Mi cabeza está ocupada con sentimientos de tristeza, incluso de desesperación.

Estoy agotado de tener tantas horas la mente fija en lo mismo.

Por un momento mi cerebro se relaja y pienso que puede haber alguna explicación, que es seguro que todo se aclarará satisfactoriamente. Incluso creo en la posibilidad de algún error.

Pero vuelvo a mirar la tarjeta y el sobre con el nombre de mi mujer. No hay error posible.

Así transcurre toda la mañana.

Son más de las tres.

Oigo las llaves de mi mujer al abrir la puerta.

Cuando entra en la cocina su cara sonriente se transforma. Mira las cajas eléctricas destrozadas con los cables colgando y las herramientas por el suelo.

No estoy muy seguro de que haya visto las flores. Si las vio lo ha disimulado muy bien. Parece que eso se le da bien.

Me observa mientras yo continúo en silencio.

-¿Qué te pasa? ¿te encuentras bien?. Buen escaparate has dejado.

- No te preocupes, si no has conseguido arreglarlo todavía, podemos ir a tomar algo fuera y a la tarde lo terminarás con calma.

Su voz es dulce. Si no fuera por lo "otro" ahora me sentiría agradecido por su comprensión.

Parece que trata de animarme porque empieza a contarme cosas de su trabajo.

Me cuenta la última alcaldada de su jefe.

Me cuenta el modelo de blusa tan llamativo que llevaba una compañera.

Y me cuenta también algo que parece que lo hubiera pensado para este momento.

Al parecer, hace unos días se cruzó por la calle con un compañero que iba cogido del brazo de un mujer rubia muy guapa. Parecían tener mucha confianza y charlaban y reían.

Este compañero está casado y la que llevaba del brazo no era su esposa.

Supuso que algo raro pasaba; pero no dijo nada.

Esta mañana su compañero le contó que su hermana, por cierto rubia, que vivía en otro país y a la que no había visto durante dos años, había venido a visitarle.

Mi mujer me contó entonces que había pensado mal de su compañero y que hoy había lamentado haber hecho juicios de valor sobre él.

Y siguió diciendo que no debemos juzgar a nadie porque normalmente no tenemos autoridad moral para ello y también porque no tenemos nunca toda la información necesaria. Siempre hay alguna circunstancia o algún elemento que desconocemos y que, de saberlo, influiría en nuestras conclusiones.

Cuando terminó de decir esto no puede resistir callado más tiempo. Cogí el ramo y, poniéndoselo delante de su cara, gritando dije:

-¿Qué es esto?

- Vaya pregunta. Un ramo de flores - contestó.

- No lo había visto. Te agradezco que me lo hayas comprado; pero no te enfades porque no te haya dicho nada. Como te ví con esa cara de preocupación por no haber podido arreglar la instalación, me puse a contarte cosas para distraerte y no me fijé en las flores.

- Mi preocupación no es por no haber terminado el trabajo.

Cogí el sobre y se lo di, diciendo:

- Lee y dime quién es la destinataria .

Mi mujer se tomó su tiempo para leerlo, esforzándose por interpretar la letra, y lentamente dijo lo que yo ya sabía:

- Sra García. Calle Cervantes 43 - cuarta.

- ¿Qué tienes que decir sobre esto? le grité, cogiendo el sobre otra vez y agitándolo con la mano.

Hubo un silencio que pareció eterno.

Entonces se oyeron golpes en la puerta.

Mi esposa salió a abrir.

Transcurrido apenas un minuto volvió y me dijo recalcando sus palabras:

- Hay un chico en la puerta que dice que esta mañana trajo un ramo de flores para la Sra. García, de Cervantes 43 -cuarta; pero que, la letra del sobre era muy mala y que la dirección correcta es Sara García, de Cervantes 43 -cuarto.

Con un gesto indescriptible cogió la tarjeta del suelo, la metió en el sobre y juntamente con el ramo de flores salió a devolvérselo al chico.

-- o --

11.- SOÑADOR

Se llamaba Andrés y era un niño normal, travieso como todos los de su edad; pero con una ternura y una simpatía que atraía.

Se entretenía como podía. No tenía hermanos y, cuando jugaba, hablaba con los bichitos que se ponían a su alcance.

Su vivienda, construida en la cima de una montaña, que destacaba por su altura, tenía aneja una torreta desde donde su padre vigilaba posibles focos de incendios en el bosque.

Desde lo alto, la vista podía extenderse hasta un horizonte muy lejano.

Aquella montaña era muy rocosa, casi sin vegetación. El capricho de la naturaleza había querido que, en medio de muchos kilómetros fértiles, donde los árboles crecían espesos, surgiera una montaña diferente, como un grano en la piel de la tierra, que destacaba por su dureza.

El único río de la zona rozaba el bosque por su parte más alejada y tampoco había lagos ni charcas donde pudieran beber los animales, salvo cuando llovía.

En el bosque habitaban muchas clases de animales y se acercaban a beber al río. Los que tenían más movilidad, como los pájaros, rebasaban los límites arbolados y se acercaban a la montaña y a la casa. Ésta, en su parte trasera, tenía un gran patio en una esquina, el brocal de un aljibe, cuya superficie era la misma que la de la construcción y con la suficiente profundidad para poder almacenar gran cantidad de agua de lluvia y poder cubrir las necesidades de la familia, incluso si la sequía era prolongada.

Su madre tenía una enorme parra y algunas plantas. Pocas, semisilvestres y de secano. Y, a menudo, era aquí el lugar de los juegos.

El patio ofrecía en su mayor parte una buena sombra y la parra atraía a las abejas y a otros insectos.

También los pájaros solían acudir a posarse sobre las ramas de la parra, incluso alguno bajaba hasta el suelo buscando restos de comida o insectos.

Andrés se quedaba absorto mirándolos hasta que se volvían a marchar.

Seguramente la atracción que sentía por estos animales se debía a que los veía como algo muy distinto al resto de los que utilizaba para compartir sus fantasías.

Un día, hablando con su madre dijo:

- Mamá ¿algún día podré coger uno de estas animalitos en la mano?

- Es muy difícil, hijo mío. Pero puedes poner un pequeño recipiente con agua, ya que aquí escasea, incluso algo de comida, y probablemente acudirá alguno y podrás observarlos más de cerca.

Al niño le faltó el tiempo para buscar un cuenco, llenarlo de agua, ponerlo en un lugar del patio donde estuviera alejado de la puerta y fuera suficientemente visible desde arriba y, siguiendo los consejos de su madre, poner alrededor miguitas de pan y algunos granos de trigo y de arroz, operaciones que después repetiría todos los días, colocándose él en la misma puerta de acceso; pero hacia el interior.

El primer día acudieron algunos pajarillos, que revolotearon sobre el patio y se posaron en la parra, sin atreverse a bajar, con su consiguiente frustración.

El segundo día, después de que acudieran algunas veces a la parra, hubo uno más atrevido, que voló hasta colocarse en el borde del cuenco y beber.

Una vez roto el fuego, el resto se acercó para hacer lo mismo, así como para picotear la comida esparcida próxima al recipiente, despreciando la restante.

A partir de entonces, los pajarillos iban todos los días a beber allí, mientras el pequeño, desde la puerta les miraba.

También, siguiendo los consejos maternos, empezó a acercar el cuenco a la puerta, cada día unos centímetros, poniendo la comida entre el agua y donde él estaba, que era el sitio de siempre.

Los pajaritos, siguieron acudiendo igual cada día, hasta que su instinto les alertó de que podían correr peligro por la proximidad de un animal mayor y dejaron de beber, comiendo tan sólo los granos que quedaban más lejos de la puerta.

Tan solo uno de los pájaros, siguió bebiendo y comiendo.

A primera vista no se distinguía de los demás, salvo en que su plumaje era más claro; pero, al observarlo más detenidamente se podía ver que a menudo miraba hacia arriba. Andrés le empezó a llamar "Soñador" porque le parecía que cuando miraba las nubes, soñaba con el cielo.

Siguió acercando agua y comida a la puerta, cada día un poco más; pero ahora el acercamiento era mucho más lento.

El niño tenía mucha paciencia y mucho tiempo. Por eso se mantenía quieto mirando.

Cuando ya habían pasado muchos días, Soñador se había acostumbrado a verle allí y no se alteraba si el niño se movía, así que, primero de pie y luego agachado, Andrés se llenaba

la mano con granos de comida, mientras reducía la cantidad que ponía en el suelo, esperando que, alguna vez, aquél quisiera comer en la palma, que mantenía estirada mientras el avecilla permanecía allí. También dejaba caer algunos granos junto a su mano, que eran engullidos finalmente después de varios amagos.

Un día, por fin, llegó el gran momento. Soñador, después de comerse los granos que habían en el suelo junto a Andrés, saltó hasta su mano inmóvil, que soportó su leve peso hasta que hubo terminado y se fue volando.

A partir de aquél día, pájaro, mano y granos coincidían durante unos momentos, hasta que el primero daba cuenta de los últimos.

El chico se sentía feliz, muy feliz, de poder tener en sus manos a Soñador, de sentir sus patitas cosquillearle cuando se movía, de notar el calor de su cuerpo en la palma de la mano, de notar su pico al coger los granos, como si el animalito agradeciera la comida besando con su pico suavemente cada vez que cogía un grano.

También se sentía feliz mirando sus movimientos y sus colores desde tanta proximidad.

Así continuaron durante un tiempo. Parecía que ambos se sentían felices de compartir aquellos momentos.

Pero el chaval se aburrió pronto de su juguete y, un día se le ocurrió coger un pito y ponérselo en la boca mientras esperaba a Soñador.

Como en otros días, el pajarito se posó en su mano y comenzó a comer y, cuando se encontraba más a gusto, el niño, acercando su cara, hizo sonar el pito con todas sus fuerzas, asustándolo y haciendo que volara.

Durante los días siguientes el pajarito no acudió y Andrés se lo contó a su padre.

Su padre le dijo: Escucha atentamente porque esto es una lección para la vida. Tú te ganaste la confianza del pájaro a base de paciencia; pero, abusando de tu superioridad, sin mala intención; pero sin medir las consecuencias, hiciste una chiquillada, algo que no le gustó, y que tuvo como consecuencia que perdiera la confianza contigo. Ahora, si quieres volver a recuperarla, te costará mucho más, habrás de tener mucha más paciencia y no hacer nada que pueda hacerle pensar que es una traición. Ya sé que no lo fue, ni tampoco era ése tu deseo; pero su instinto lo interpretó en ese momento así.

El niño quedó meditando las palabras de su padre.

Ahora no sabe si intentar hacer que Soñador vuelva o seguir jugando tal como venía haciéndolo.

Yo supongo lo que hará; pero...

-- o --

12.- LA PIEDRA

En un pequeño pueblo de la montaña vivía Pedro.

Era un niño solitario. No acostumbraba a jugar con amigos, salvo en los cortos recreos de la escuela, cuando todos los niños y niñas salían a un patio, demasiado reducido para tantos inquietos personajes que corrían y se movían intentando recuperar todo el tiempo perdido, todo el tiempo en que sus nalgas no debían despejarse del banco, más que cuando el maestro les hacía salir a la pizarra.

Cuando no estaba en la escuela o haciendo los deberes solía jugar con piedras. Piedras de cualquier forma, tamaño o color.

Probablemente le atraían porque su padre la había explicado una vez que su nombre significaba piedra. Que era el nombre que Jesús le había dado a un pescador y que simbolizaba la base, los cimientos sobre los que se había de apoyar un enorme edificio.

Las recogía en cualquier parte y luego las llevaba a una especie de corral que tenía en su casa. Allí las ponía en un montón que, con el paso del tiempo, había crecido considerablemente, tanto que su padre ya había decidido llevárselas de allí.

Pedro separaba alguna de las piedras que más le llamaban la atención y jugaba con ellas hasta que las volvía a echar al montón.

Había oído decir a su padre que todo tiene su importancia y que, no sólo todos los hombres, sino también todos los animales, e incluso cualquier cosa, servían para algo, que tenían una función que cumplir y que esa función siempre se refería a los demás, considerando que los demás eran cualesquiera de los hombres, animales, plantas o cosas inanimadas.

Posiblemente fue esa idea, que se le quedó grabada en la mente, así como el comentario sobre su propio nombre, lo que motivó su afición a guardar tantas piedras.

Separadas del resto, había formado otro pequeño grupo de piedras que, debido al color, a la forma o porque le hubieran llamada la atención por cualquier motivo, las tenía en gran aprecio.

Y, dentro de estas últimas, había una que, de un color rojizo, poco habitual por allí, y con una extraña forma irregular, con tres protuberancias que le daban un aspecto semianimado, llamaba constantemente la atención de Pedro.

Hubo un día en que su padre necesitaba las piedras. Estaba construyendo unas paredes en un campo de su propiedad, parte de ellas de mampostería y parte mediante el sistema heredado de los árabes, a base de ir poniendo las piedras sin unir por cemento, yeso, ni material alguno, sujetándose unas con otras por efecto de la gravedad y por el acoplamiento de las irregularidades de unas piedras con las otras, un tipo de obra muy típico en muchas partes de España, de gran belleza y resistente.

Cuando el niño, al volver de la escuela, no halló las piedras se llevó un disgusto; pero no le duró mucho, porque sabía que podría encontrar más y volvería a tener una gran colección. Lo que más lamentó fue la desaparición de aquella piedra tan original, que consideraba la mejor de todas.

Pasados unos meses, su colección ya volvía a ser considerable, aumentando cada día con nuevas aportaciones, fruto de sus correrías campestres en busca de nuevos ejemplares.

Uno de esos días, pasando junto a una de las paredes recientemente construidas, se detuvo observando a una lagartija que tomaba el sol. Al moverse, la lagartija huyó y fue a esconderse en uno de los muchos huecos que dejaban las piedras de la pared y que, en las de mampostería no existían.

El niño había seguido con la mirada al animalito y, cuando éste desapareció, se dio cuenta que el hueco por donde se metió estaba flanqueado por aquella piedra que tanto le gustaba.

La pared era grande y la piedra sólo un pequeño elemento de la misma. Una piedra más o menos no tenía importancia allí. Al menos, es lo que pensó.

Si pudiera sacar la piedra, pondría otra en su lugar y volvería a tener su tesoro.

La piedra estaba hacia la parte alta de la pared, donde casi no llegaba, así que tuvo que buscar algo donde subirse. Ese algo fueron algunos troncos, ramas y una tabla encima, que formaban una plataforma inestable, a donde se subió, procurando mantener el equilibrio y moverse poco, ya que cualquier movimiento hacía que todo se balanceara peligrosamente.

Entonces empezó su tarea de coger la piedra por una de sus protuberancias, a base de ir estirando poco a poco, de empujarla y de ir llevando uno de sus salientes de un lado a otro.

Cada vez los movimientos parecían más fáciles y, cuando creyó que ya estaba a punto, empezó a estirar con todas sus fuerzas hasta que la piedra salió de entre las otras, dejando un hueco en su lugar.

Pedro loco de alegría, levantaba las manos que la sujetaban y gritaba, repitiendo sus ademanes una y otra vez.

Así pasaron unos segundos, quizás minutos.

De repente, las piedras que habían alrededor del hueco se movieron. Un leve movimiento y un ruidito apagado por el sonido de la naturaleza.

No pasó nada. Pedro miró la pared y luego siguió admirando su recuperada riqueza.

Varios segundos más y la parte de pared que había encima y a los lados del hueco se vinieron abajo.

Pedro, asustado, se echó hacia atrás, haciendo que su sustento se moviera bruscamente y se derrumbara.

Tras él, el niño.

Al incorporarse le dolían varias partes del cuerpo y tenía arañazos en los brazos y en las piernas.

Pero lo que más le dolía no era su daño, sino el que había hecho en la pared.

Su padre le reñiría; pero tenía que afrontarlo. Así, sintiendo doloridos su cuerpo, su amor propio y su conciencia, fue en busca de su padre.

Al verle y, tras sus explicaciones, comprender lo que había pasado, no le riñó, sino que aprovechó para que Pedro aprendiera de la experiencia que acaba de tener.

Y ésta fue la lección teórica que le dio, después de la práctica que había sufrido:

- Te dije un día que todas los hombres y las cosas tienen una función que cumplir. Ahora te añado algo más. La piedra por sí sola no tiene valor; pero en medio de la pared era muy importante, como lo era cada una de las que la componen.

- Los hombres, como la piedra que has sacado de la pared, tenemos que apoyarnos los unos en los otros. Solos podemos ser poca cosa; pero cada uno de nosotros vale lo que valgamos para servir de apoyo a otros.

Pedro no dijo nada, calló y se fue.

Aquella aventura no la olvidó nunca.

Hoy es un hombre de provecho y en un sitio destacado de su casa puede verse una piedra de color rojizo, de forma irregular, con tres protuberancias y sin ningún valor.

-- o --

13.- EL NIDO

El balcón de la habitación de Teresita estaba orientado hacia el Este. Por las tardes era un lugar agradable. Tenía sombra y a menudo soplaban un vientecillo suave que aliviaba el rigor del verano.

La niña pasaba bastante tiempo mirando la calle desde detrás de la barandilla. La calle era muy animada y enfrente había un bar.

Un típico bar de pueblo, con mesas de mármol y sillas de diversas clases, donde acudían los desocupados para pasar el tiempo, jugando a las cartas o al dominó y consumiendo lo imprescindible.

La fachada hacía años que reclamaba un embellecimiento, reparando los desconchados y cubriéndola con varias manos de pintura.

Donde las paredes se unían con las aceras, la tierra y la suciedad habían hecho desaparecer los rincones, formando una base orgánica, que sustentaba y alimentaba diversas clases de hierbas.

También crecía junto a las paredes bastante hinojo, cuyos nuevos brotes, en esta época, rodeaban a los viejos troncos secos. Eran finos, tiernos y abundantes. Parecían nubes o plumón muy suave. Algo etéreo de un color verde muy fuerte.

En la puerta del bar solían coincidir los parroquianos que, antes de entrar o después de salir, aún aprovechaban para echar unas parrafadas.

Se entretenía viendo a la gente en la puerta. Gente conocida - en los pueblos pequeños todos se conocen -, gente que reía y discutía, gente que llegaba y gente que se iba.

Pero cuando llegaban las golondrinas pasaba las horas mirándolas.

Igual que se deja correr el tiempo en silencio, mientras se mira el fuego de una chimenea o el discurrir de las aguas por las suaves cascadas de un riachuelo, o el mar en calma o embravecido. Así se quedaba Teresita, como extasiada, mirándolas.

Ya era primavera.

Había oído alguna vez que, cuando las golondrinas aparecían en el pueblo, desde lugares muy lejanos, traían la primavera. O la primavera las seguía. O ellas eran la primavera.

De todo eso no estaba muy segura; pero sí recordaba muy bien que el pasado año y también el anterior, coincidió la llegada del buen tiempo con la de estas simpáticas aves.

Un día, como tantos otros, la niña estaba asomada al balcón. Sobre el balcón había un alero y, debajo de él, un nido de golondrinas que siempre había estado allí.

Al nido iba y volvía constantemente una golondrina, recién llegada al pueblo junto con otras muchas. Una o varias, no estaba segura. Todas eran iguales. Blancas por debajo y negras por el dorso, de un negro bellissimo. Su cola le recordaba la de algunos pescados: ahorquillada y con las puntas muy largas.

Desde el balcón las veía pasar, subiendo, bajando, con el vuelo rasante...

Era un espectáculo ver tantas, tan rápidas y sin molestarse ni chocar nunca. Un espectáculo siempre igual, siempre diferente.

En algún momento reparó en otra, que empezó a acudir y poner algo, como unas diminutas motas de barro, muy cerca del otro nido.

Como las demás, era incansable. Pero ésta era distinta y la podía identificar. Le faltaba parte de la cola. Solo tenía entera una punta, como si le hubieran cortado la otra.

Pronto se dio cuenta de que no siempre veía la cola rota. Unas veces la veía así y otras entera.

Esto la desconcertó al principio. No lo entendía. Luego comprendió que no era una, sino dos las golondrinas que estaban trabajando en lo mismo.

Durante muchos días la pareja de golondrinas fue poniendo porciones diminutas de aquella materia, compuesta de quién sabe qué cosas y de color ocre.

Pero su trabajo apenas avanzaba. Parecía que, aparte de los primeros pegotitos que se apreciaban por resaltar sobre el blanco de la pared, siempre había lo mismo. Sólo alguien, que hubiera dejado pasar un tiempo sin mirar, podía comprobar el progreso hecho.

Sin embargo, las golondrinas iban añadiendo sin descanso porciones de su nido. Un nido que se iba formando lentamente.

Teresita observaba con mucha atención. Era una obra que requería el esfuerzo incansable de la pareja.

Pero no solo era consecuencia del esfuerzo y de la constancia. Su madre le había dicho que las golondrinas, como otros animales, tenía un instinto que les llevaba a hacer su trabajo de tal forma que no sabían hacerlo mejor, que era la mejor manera posible, que si fuera referido a los humanos podría decirse que era un trabajo hecho a conciencia.

Por fin, lo que parecía que no avanzaba, lo que parecía que no se iba a acabar nunca, terminó.

Y ya no se veía el ir i venir, dejando algo que siguiera formando su obra. Las idas y venidas tenían sus finales de etapa dentro del nido. Solamente se veía el entrar y el salir.

El nido, lo que tanto esfuerzo y dedicación costó, estaba sirviendo para su fin. La pareja de golondrinas tenía descendencia.

Pasó el verano y las golondrinas se fueron.

Pero al año siguiente y al otro y al otro, cuando las golondrinas volvían con el calor, la niña veía cómo la pareja de golondrinas, una de ellas con la cola rota, volvían al mismo nido. Y, cómo cada año, volvía a ver cómo salía una nueva nidada, fruto del amor de la pareja.

Hasta que un año, cuando llegó la primavera, cuando llegaron las golondrinas, no hubo ninguna que se acercara al nido.

Seguramente una de las dos, o ambas, habían muerto.

Cada año, cuando el particular vuelo de estas aves alegraba el aire de la calle, Teresita miraba una y otra vez el nido; pero nunca volvió a ser utilizado por ninguna otra.

Sin embargo, estaba tan bien hecho, que ni los cambios bruscos de temperatura, ni la humedad, ni el paso del tiempo atacaban visiblemente el nido.

Han pasado muchos años. Teresita ya no es Teresita, sino Doña Teresa.

El nido sigue prácticamente igual.

Doña Teresa ha aprendido que las cosas, cualquier cosa que se haga, por pequeña e insignificante que parezca ha de procurar hacerse siempre lo mejor posible.

Igual da que lo que se haga sea una joya de gran valor, o un alfiler; que se esté barriendo o se esté recitando una poesía; que se conduzca un coche o se esté estudiando. Lo que se hace bien siempre será una obra buena y, no sólo nos llenará de satisfacción, sino que podrá ser útil para los demás.

Y si esto es aplicable a las cosas, con mayor motivo hemos de tenerlo en cuenta respecto a los demás. Siempre, cuando nos relacionemos con otros, hemos de procurar dar lo mejor de nosotros. Sin esperar nada, sólo por la alegría de poder hacerlo.

Y esa alegría será lo que alimentará nuestro espíritu y nos hará felices.

--0 --

14.- LA MESA

Vicentín era un niño muy unido a su abuelo.

Vicentín era un niño inteligente, algo introvertido y con las típicas ocurrencias infantiles que suelen desconcertar a los mayores.

Su abuelo - el padre de su padre - era un hombre grandote y grueso, de aspecto bondadoso, que había depositado en su nieto el cariño que el hijo rechazaba.

Sus padres, muy atareados por su trabajo y demasiado preocupados por ganar un dinero, que les permitiera llevar una vida mas desahogada, llevaban una vida familiar muy pobre.

Vicentín comía durante la semana en el colegio y cenaba con su abuelo, quien también le preparaba el desayuno y le ayudaba a vestir. A sus padres no los veía, porque, cuando llegaban a casa, él ya dormía.

Los sábados y los domingos por la noche, sus padres solían cenar con amigos y, durante el resto del día, únicos momentos en que podían estar juntos, era su abuelo también el que hablaba y jugaba con él, mientras aquellos veían la televisión o se dedicaban a sus cosas.

El niño era feliz con su abuelo, que se había convertido en un verdadero padre, aunque, a pesar de que no era muy consciente de ello, echaba de menos la intimidad con sus padres.

Un día, la desgracia, el paso del tiempo y posiblemente el poco cuidado que el abuelo ponía en conservar su peso, hicieron que sufriera un ataque que le dejó prácticamente inválido de sus piernas.

El abuelo no podía levantarse y acostarse por sí solo y casi no podía caminar, por lo que necesitaba la ayuda de dos personas para ello.

La vida del niño también cambió. Siguió jugando con su abuelo; pero sus juegos ya no podían ser iguales. El abuelo hablaba normalmente; pero sus movimientos no podían seguir a los del niño, convirtiéndose prácticamente en mero espectador y confidente, desde la silla de ruedas, donde pasaba todo el día. Solamente sus brazos y manos conservaban una movilidad aceptable y podía coger y conservar los juguetes que le ofrecía el nieto.

La situación del abuelo había puesto muy nervioso al padre de Vicentín, al que molestaba sobremanera tener que coger al abuelo para sentarlo y levantarlo de la mesa, tres veces al día, por lo que se le ocurrió algo para evitarlo.

Decidió que debía de comprar una mesa, de menos altura que la utilizada por los demás, adaptada de tal forma, que el abuelo podría acercarse a ella sin necesidad de ayuda y comer allí, en solitario.

En algún momento el niño oyó lo que su padre quería hacer y le pidió que la mesa que iba a comprar para el abuelo debía ser de las buenas.

Su padre ni siquiera atendió al niño; pero éste, en cuanto podía, se le acercaba y, con su inocencia infantil, insistía en que la mesa para el abuelo tenía que ser muy buena.

El padre, contento, en su fuero interno, porque su hijo quisiese lo mejor para el abuelo, ante sus repetidas manifestaciones en pro de la calidad del mueble le dijo:

- ¿Quieres mucho al abuelito, verdad?

Y ésta fue la conversación que siguió a la pregunta.

- Claro que sí, papá.

- ¿Y por eso quieres que la mesa que le compremos sea buena?

- No, papá.

- ¿Entonces por qué quieres una mesa tan buena?

- Porque también te quiero a tí

- ¿Y qué tiene que ver eso con la calidad de la mesa?

- Porque, si la mesa es buena, durará mucho tiempo y, cuando el abuelito ya se haya muerto y tú seas tan mayor como él es ahora, esa misma mesa servirá para que tú comas en ella, mientras los demás comemos en otra.

-- o --

15.- LA RATONCITA

En medio de una llanura se levantaba una montaña de difícil acceso. Un verdadero capricho de la naturaleza.

La montaña era muy rocosa. Su poca vegetación aprovechaba el sedimento que el viento había ido depositando en las múltiples concavidades del suelo, creciendo poco y durando menos.

Su interior estaba lleno de cuevas y la atravesaban gran cantidad de agujeros y galerías naturales.

Cuando el viento arreciaba, silbaba fuerte por sus agujeros con distintos tonos, algunos de ellos espeluznantes.

Cerca de allí había un pueblo no muy grande. Sus moradores, muy supersticiosos, no solían acercarse por la montaña, a la que consideraban embrujada.

Esta proximidad a un lugar habitado por humanos, el hecho de que estos no la frecuntaran y las muchas posibilidades que ofrecía su interior, favorecía la existencia de otras formas de vida animal, que tenían allí un refugio seguro y comida a poca distancia.

Los animales que más abundaban eran los ratones, que se repartían por todas las grutas, formando verdaderas poblaciones, más o menos grandes, dependiendo del tamaño de los espacios donde se agrupaban.

Una de estas poblaciones, de las numéricamente mayores, contaba con jóvenes habitantes, que se paseaban por sus pasadizos laberínticos.

Nuestra ratoncita era una de esas jóvenes.

Era de color gris pardusco, como todos los ratones.

Menuda, con las orejas grandes y el hocico puntiagudo.

Sus pequeños ojos eran vivaces.

Sus facciones, para las miradas ratoniles, eran muy bellas, teniendo fama de ser la más guapa del poblado de los roedores.

Sabiéndose hermosa, era muy presumida, por lo que no era muy bien vista por la población ratonesca femenina.

De entre los ratones, muchos se le habían acercado y siempre los rechazaba, porque no encontraba ninguno lo suficientemente bueno para ella.

Pretextaba que eran demasiado bajos o demasiado altos, muy delgados o muy gruesos, habladores o callados, tímidos u osados...

Las características que, para otras, habría sido motivo de atracción, para ella, eran defectos.

Así transcurría el tiempo, cuando un día apareció un joven muy atractivo.

Era delgado y más elegante que el resto de los residentes.

No vestía como los demás.

En vez del traje peludo y gris que usaban todos, iba siempre con una capa negra con la que se envolvía el cuerpo y que le daba una apariencia muy diferente.

Su porte era distinguido y se mostraba simpático; pero superior y distante al hablar.

La primera impresión que daba era muy agradable. Sólo con el tiempo se advertía el fondo autoritario.

Nuestra ratoncita, como todas, se fijó en seguida en él y procuraba cruzarse en su camino, pavoneándose y presumiendo, hasta que consiguió que el joven hablara con ella.

Lo que, en principio, había sido una atracción de la ratoncita por las circunstancias y atributos del joven, (forastero, joven, guapo, elegante...), se fue transformando en amor. La ratoncita se había enamorado completamente de aquel recién llegado.

Pasaban muchas horas juntos.

Ella escuchaba embelesada las historias que él le iba relatando.

Solía empezar sus frases con la palabra "yo".

Le contó que era aviador. Que hacía acrobacias aéreas. Muy buen aviador.

Le contó que había viajado mucho y había visto mucho mundo.

Le contó que había sufrido un accidente y ahora tenía un brazo roto y no podría volar durante un tiempo.

Le contó que pertenecía a una noble familia - los Quirópteros - muy conocida en todo el mundo y que su estirpe siempre vestía con capa oscura, al igual que él lo hacía.

Le contó mil historias, de las que él se jactaba.

Así transcurrían los días y las noches.

Y llegó un momento en que el forastero dijo que su brazo ya estaba bien y que debía volver a su trabajo. Y que se marcharía al anochecer del siguiente día.

La ratoncita le pidió y le suplicó que le llevara con él.

Él no se negó. Le contestó que, si ella era capaz de seguirle, podían irse juntos.

La ratoncita estaba decidida a dejar aquel lugar y deseaba vivir con alguien de más categoría que sus vecinos, - unos vulgares ratones, que no habían viajado más allá del pueblo de los humanos -, sin que su amor le dejara ver los graves defectos de que adolecía su enamorado y que, alguien más imparcial, habría advertido.

Por eso le dijo que sí sin meditarlo.

Durante todo el día estuvo comentando con las demás su próxima marcha, ufanándose de la categoría de su novio.

Por fin anocheció.

La ratoncita buscó al aviador y le cogió de la patita para irse juntos; pero éste le dijo que no podían ir de la mano y se soltó.

Esta reacción provocó la extrañeza de ella; pero calló.

Entonces él le dijo si estaba ya preparada y ella asintió, dispuesta a dejar atrás la cueva.

Salieron de la gruta y comenzaron a caminar unos metros. Entonces él dijo: sígueme.

Y, abriendo los brazos, extendió su capa - que no era más que la membrana que une las extremidades superiores de todos los murciélagos - y comenzó a volar.

La ratoncita, por más que quiso mover sus patas, no consiguió volar y seguirle.

Convencida de su imposibilidad, se quedó mirando cómo iba desapareciendo a lo lejos.

Después de mucho rato así, dio la vuelta y, regresando al antro, fue reflexionando sobre lo que había ocurrido y se propuso ser menos vanidosa; sobre cómo había querido ir más allá de donde alcanzaban sus posibilidades y se propuso ser más consciente; sobre dónde le había llevado su fantasía y su ceguera, proponiéndose ser menos ilusa y más realista.

Y lo primero que hizo para enmendarse fue reconocer sus errores.

La ratoncita hizo lo que se había propuesto y se convirtió en una joven ejemplar.

En cuanto al murciélago, sabemos que su carácter altivo y dominante le granjeó la antipatía de sus congéneres y los que, en principio, eran sus compañeros, con el tiempo se fueron apartando de él, terminando su vida solo y sin amigos.

¿Cuántos humanos se pueden identificar con la ratoncita y cuántos con el murciélago?

-- 0 --

16.- LA FLOR SILVESTRE

<< No nos entristezcamos por haberla perdido,
sino agradezcamos el haberla tenido >>

Está amaneciendo.

Por el balcón empieza a asomar la claridad del día, que me despierta.

Miro el reloj. Es pronto. Doy media vuelta en la cama y me duermo de nuevo.

Unos minutos después, el estridente sonido del despertador me avisa de que es la hora.

Un bañador, una camisa vieja y unas zapatillas constituyen mi uniforme.

Me lavo la cara rápidamente y termino de despejarme. La ducha a la vuelta.

Pongo a hacer el café y, mientras sale, me tomo alguna pieza de fruta - higos, melocotones o lo que haya - y un yogur.

Salgo.

El cielo es totalmente azul. Ni una pequeña nube que lo manche.

El día será caluroso. Como ayer, como los anteriores. Como mañana, como los siguientes

El sol ya ilumina las calles; pero todavía va subiendo por detrás de la Sierra de Mariola. Aún tardará una hora en asomar y su fuerza se notará - y se sufrirá - durante muchas más.

La calzada de mi calle - corta - es casi horizontal. Una de las pocas del pueblo que tienen esa característica. Sólo hay casas en uno de los lados. El otro lo ocupa un pequeño parque. Los pocos coches que pasan suelen hacerlo para aparcar allí.

La calle empieza en otra perpendicular, ancha y con bastante tráfico rodado, con una pendiente muy pronunciada, como es habitual en la localidad.

Echo a andar cuesta abajo, con aire ridículo o poco elegante (el que se tiene cuando se baja con cierta rapidez, procurando contrarrestar la inercia en las pendientes).

Esta bajada me sirve de calentamiento muscular.

Me cruzo con algún vecino que se dirige al bar, del que sale ya el aroma del café.

Nos saludamos - como es costumbre -, al igual que haré con todos los que encuentre.

Al final de la calle paso entre otras con edificios hechos, todos ellos, en la misma época, con los mismos materiales y con idéntico aspecto. La sabiduría popular y el buen humor han bautizado este conjunto como "El colmenar".

Queda atrás la zona urbana sin haber dejado de ir bajando y sin modificar el ritmo de mis pasos, llegando a la fuente de "La canaleta".

Frente a la fuente, una explanada, que había estado protegida por un árbol, cuya frondosidad daba abundante sombra a los que paraban a descansar.

El árbol ya no existe. Sin embargo, el frescor de un riachuelo se deja sentir y, si se desea, el agua de la fuente, con una bajísima temperatura, puede aliviar el calor más sofocante.

Ahora empieza la subida.

Por un antiguo camino, ahora asfaltado, sigo caminando.

Algún coche ataja por donde voy. Son muy escasos.

A la derecha el terreno desciende. A la izquierda, sube. A ambos lados, alguna casita aislada.

Fuera del asfalto, multitud de plantas.

Una gran variedad de especies silvestres alegran la vista con sus distintas tonalidades verdes y con los brillantes colores de las flores, intercalados con el amarillo de los tallos secos..

El olfato también tiene su premio.

Los olores de pino, de menta, de orégano, de tomillo, de romero, etc., proporcionan un placer que sólo se puede disfrutar en lugares como éste.

La cuesta continúa entre las curvas del camino.

Por fin, en lo alto, se llega a una pista paralela a la carretera general.

Ya he encontrado a varios que hacen diariamente el mismo camino; pero en sentido contrario. Normalmente la elección del principio y del final depende de dónde se vive. Se procura coger las subidas más fuertes al inicio y dejar para lo último el camino más llano o de bajada.

- ¡Buenos días!

- ¡Adiós!

- ¡Hoy voy más retrasado!

Frases cortas, de saludo, y una sonrisa.

En un punto de la pista nace un desvío a la derecha. Un camino irregular, lleno de piedras sueltas y de rocas, que sobresalen y alteran aún más la nula homogeneidad del camino.

A los lados, terrenos sin cultivar y más plantas silvestres.

En cierto momento observo que, en un claro, donde solamente se ve el ocre de la tierra, crece una solitaria ramita, coronada por una preciosa flor.

La ramita parece alada. Dos solitarias hojas nacen desde la misma yema. No hay ninguna más.

Antes no había reparado en ella.

Seguramente la flor se habrá abierto ayer.

Me detengo y me acerco a observarla.

La flor consta de cuatro pétalos de un azul claro brillante.

El centro parece negro, pero, al aproximarme, compruebo que también es azul. Azul oscuro, con unos puntitos amarillos.

Sigo fijándome, queriendo apreciar más los detalles.

Me agacho y el dorso de los pétalos aparece con una tonalidad verdosa.

Durante un rato mi mente se afana en fotografiar la belleza de las formas y los colores de la flor.

Parece que los pensamientos, todos los demás pensamientos, hayan huido de mi cerebro, que se concentra en la humilde flor.

Estoy disfrutando con su contemplación, mientras un aire suave recorre la zona.

Al cabo de un rato, tres caminantes me distraen con su saludo y reanudo la marcha.

Más camino irregular hasta la próxima masía, "La frontera". Desde allí asfalto hasta mi casa.

Después, dos masías más, algunos paseantes menos madrugadores y fin del recorrido.

Hoy he empleado algo más de tiempo; pero ha valido la pena.

Durante varios días repito el itinerario.

Y también me detengo en el mismo lugar. La flor sigue ahí. Mi mente y mi espíritu vuelven a recrearse cada vez ante la pequeña maravilla de la naturaleza.

Pequeña por su tamaño, grande por su belleza.

Pero un día aparece marchita, con los pétalos arrugados y los colores mortecinos.

Y al siguiente, ni siquiera eso. la flor está seca. Antes de que llegue la noche habrá caído.

He vuelto a pasar muchas más veces por allí. Siempre dirijo la vista al lugar donde estaba aquella flor.

Entonces mis sentimientos son contradictorios. Empiezo a apenarme por su ausencia e inmediatamente pienso en los momentos que pasé admirándola, en el placer que me estuvo proporcionando mientras estaba viva y me ofrecía su belleza.

Su vida - breve - no fue inútil. Sirvió para alegrarme, para hacer que me sintiera mejor, para hacerme feliz admirándola.

Y sirvió también para poder recordarla y volver a ser feliz, reconstruyendo su imagen y evocando aquellos días.

Los momentos de felicidad son efímeros; pero su recuerdo puede ser tan fuerte como la propia realidad y esos recuerdos constituyen nuestro equipaje en la vida y nunca debemos abandonarlos.

-- o --

17.- NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO

Era una gran ciudad.

Tenía un centro comercial lujoso: tiendas con escaparates luminosos, edificios con artísticas fachadas, caminantes con aspecto distinguido por las aceras, coches elegantes por la calzada...

Pero la ciudad tenía también sus vergüenzas. Zonas donde la pobreza era extrema y donde la delincuencia era lo habitual. Barrios donde la marginación era patente para cualquiera que los viera.

Sin embargo, nadie, que no fuera del lugar, se aventuraba a comprobarlo. Ningún extraño podía pasar tranquilamente por aquellas calles. El peligro estaba en todas partes.

Allí la única norma, aceptada por todos, era la ley del más fuerte. Las bandas juveniles y menos juveniles dominaban el espacio y la vida tenía poco valor, siendo frecuentes las guerras por los lugares fronterizos entre los dominios de unos y de otros.

La composición de estas bandas cambiaba continuamente. Muchos morían violentamente o vivían muertos por la droga y nuevos elementos reponían el número.

Tan solo los más fuertes y más afortunados conseguían ir sobreviviendo.

En una de estas bandas se había integrado Juan desde muy pequeño.

Pequeño en edad; pero grande en tamaño.

Su estatura y complexión no correspondía a sus años. Se había desarrollado - y aún seguía - de forma espectacular.

Además, su tamaño no le impedía ser muy ágil y que su cuerpo fuera armónico y atlético.

Desde que ingresó en la banda, alternaba sus obligaciones en la misma con la asistencia a un gimnasio (o a lo que así llamaban, ya que aquello era, en la práctica, una escuela de matones).

A medida que pasaba el tiempo, iba a prendiendo técnicas de lucha y de boxeo.

También el paso del tiempo, a la vez que endurecía sus músculos, le iba endureciendo más su alma, si es que eso era posible.

Era inteligente; pero esa capacidad la había puesto al servicio de su propio beneficio, según él lo entendía.

El convencimiento que iba adquiriendo de que era poderoso fue haciéndole más soberbio.

Se sabía fuerte y también se sabía con la suficiente capacidad para utilizar esa fuerza de la forma más útil para él.

Trataba a los demás muchachos de la banda con mucha superioridad y muy pronto se erigió en el jefe de la misma.

Pero sabía que todo aquello era muy peligroso y que, en cualquier momento, cualquier descuido o la traición de algún resentido podían terminar con su vida.

Por eso, un día abandonó el lugar y se fue a otra ciudad, a muchos kilómetros de la suya.

Había oído que allá se habían formado muchos boxeadores y, conociendo su potencial físico, decidió probar fortuna.

Apenas llegó, se dirigió al gimnasio, donde sabía que se habían preparado algunos, que habían llegado a ser famosos.

Después de una demostración en el ring de lo que sabía hacer, le propusieron prepararle para boxeador profesional.

Durante mucho tiempo estuvo entrenando en el mismo lugar y siempre se destacaba por dos características: sus excelentes condiciones físicas y su gran orgullo.

Sus entrenadores pensaban que podría llegar a ser una figura dentro de ese mundo, por la potencia de sus puños, por sus resistencia al dolor, por su aguante físico y por su gran agilidad.

Se entrenaba mucho. Se esforzaba y ponía mucha voluntad.

Y este esfuerzo daba su fruto.

Pero todo ello, que, en otros, sería digno de alabanza, no lo era en el caso de Juan.

Sus motivos no eran nada encomiables.

Quería ser más poderoso, para que todos le temieran. Quería ser considerado el más fuerte.

Continuamente hacía alarde de no tener miedo a nada y de que llegaría un momento en que nadie podría con él.

Fue pasando el tiempo.

Se dedicó al boxeo profesional.

Su soberbia había crecido pareja a su habilidad y a su fuerza.

Empezó combatiendo con desconocidos como él. Siempre ganaba. Casi siempre por fuera de combate.

Se puso como sobrenombre "El invencible" y su slogan, escogido por él mismo, era "No tengo enemigo bastante grande".

Cada vez sus oponentes fueron mejores. Seguía ganando con la misma facilidad.

Y continuaba haciendo gala de su invencibilidad.

Llegó a proclamarse campeón de su país en su categoría.

Y un día llegó la noticia de lo que tanto anhelaba. Iba a combatir por el campeonato del mundo, disputándole el puesto a quien era calificado como uno de los mejores de todos los tiempos.

El campeonato se iba a celebrar en un país tropical, donde la afición por los deportes violentos era muy grande.

Juan aparecía constantemente en los medios de comunicación, no solamente los de su país, sino de todo el mundo. Y siempre su aspecto y sus maneras, desafiantes y prepotentes, producían en quienes le escuchaban un sentimiento desagradable, que tenían que soportar por ser, a pesar de ello, alguien que era noticia.

Cada vez que hablaba en público o concedía alguna entrevista, cerraba su actuación con el manido slogan de "no tengo enemigo bastante grande".

Para adaptarse al clima, dos semanas antes de la pelea, Juan llegó al país donde se iba a celebrar el espectáculo.

Igual que si fuera un diplomático o alguna alta personalidad política, se le dispensó de los trámites y requisitos que se exigían para entrar en el país, tales como presentar su documentación persona, certificados de vacunación, control de equipaje, etc.

Tuvo un gran recibimiento y se alojó en el hotel más lujoso de la ciudad.

El hotel gozaba de todas las comodidades y el ambiente interior contrastaba con las altas temperaturas y la enorme humedad atmosférica.

Desde que llegó, alternaba los entrenamientos con las declaraciones en las que siempre fanfarroneaba sobre su imbatibilidad.

Faltaban tres días para el gran acontecimiento.

Se levantó a la hora habitual.

Se notaba un poco raro. Como si hubiera dormido poco o el sueño hubiera sido demasiado profundo.

Pero no dijo nada, a pesar de que esto no era normal en él. No podía dar ninguna muestra de debilidad. Él era "el invencible".

Se dejó casi todo el copioso desayuno que acostumbraba a tomar diariamente.

Por suerte, pensó, esa mañana su entrenador y representante no había desayunado con él, debido a que tenía que solucionar unas cuestiones relativas a los días posteriores a su inevitable victoria.

Durante el descanso que solía tomarse después del desayuno, durante el cuál leía la prensa o alguna revista ligera, se quedó dormido.

Cuando despertó, pensaba que era por haber dormido mal esa noche y fue a entrenarse como cada día.

Su entrenamiento fue más corto de lo normal. Se sentía cansado, así que fue a echarse en la cama un rato, quedándose dormido de nuevo.

Lo que tenía que ser un rato, duró hasta que llegó su entrenador para recogerle antes de comer.

Juan le dijo que había querido descansar un poco y le restó importancia. Su entrenador, conociendo su carácter, no dijo nada.

Tampoco comió apenas. Seguro - pensó - que el haber dormido antes le había quitado el apetito.

No quiso entrenar por la tarde y se volvió a acostar. Su cuerpo le estaba pidiendo descanso. La cama le atraía como si fuera un imán.

Cuando su entrenador le preguntó que a qué se debía ese cambio en su rutina, respondió que el combate era demasiado importante y que antes no debía de gastar demasiadas energías.

Al ser muy tajante en su respuesta, no hubo comentario a la misma.

Por la noche tampoco tuvo hambre y siguió sintiéndose mal.

No quería que nadie se diera cuenta, ni siquiera su entrenador, así que le dijo que prefería cenar solo en la habitación, para concentrarse; pero no pidió nada y se acostó en seguida.

Apenas se metió en la cama, se quedó dormido.

Al día siguiente, su entrenador, inquieto por no verle ya levantado, fue a despertarle.

Al sentirse zarandeado, Juan abrió los ojos; pero no conseguía distinguir la figura difuminada que estaba delante. No tenía contornos definidos y los colores se mezclaban.

Oía una voz que le llamaba; pero parecía salir de una oscuridad. La voz tenía una resonancia muy extraña.

Quiso hablar; pero sólo pudo emitir unos sonidos incoherentes.

Después notó que estaba descendiendo y que se encontraba metido en una especie de caja grande con gente a su alrededor.

Luego notó que se movía, incluso que se balanceaba alguna vez de una parte a otra de donde estaba acostado.

Pero no sabía qué estaba pasando. Estaba muy ofuscado.

Ni siquiera identificó el sonido de una sirena que retumbaba sin cesar en los oídos de los que le acompañaban.

Los médicos que le atendieron habían puesto todos los medios para salvarle; pero se había demorado demasiado y fue tarde para salvarle.

En el parte médico se explicaba que el fallecimiento se había producido por una fulminante reacción a la picadura de un mosquito endémico en el país.

La prensa mundial fue unánime al lamentar la pérdida de un gran campeón.

La excepción fue un modesto periódico local que publicó este titular: "Quien no tenía enemigo bastante grande, sucumbió ante uno demasiado pequeño".

-- o --

18.- LOS ÁRBOLES

Miri era una preciosa niña de seis años. Morenita, pelo lacio oscuro hasta los hombros, ojos azules muy claros, chatita y con una sonrisa que llegaba al alma.

Inquieta y curiosa como suelen ser los niños a esa edad, cuando la capacidad de asombro está más desarrollada.

Vivía en una ciudad interior. Una ciudad que, por su tamaño, permitía a sus habitantes relacionarse y conocerse. Una ciudad donde la vida era cómoda y agradable.

Sus abuelitos tenían una casa en el campo.

La casa estaba muy cerca de la ciudad. Apenas a unos minutos en coche.

En la casa de campo solían pasar sus abuelitos los fines de semana y estaba perfectamente adaptada al uso para el que se había concebido.

Dentro de la casa, una amplia sala, que incluía la cocina, presidida por una gran chimenea, era el lugar de reunión, donde se hacía la vida, cuando no se estaba en el exterior.

La casa estaba rodeada por una gran extensión de terreno, con un cercado que delimitaba la propiedad.

El terreno tenía una parte de jardín, que la abuelita cuidaba con esmero; una amplia zona asfaltada, donde se podía jugar; una barbacoa, que se utilizaba habitualmente, si el tiempo lo permitía, para preparar la comida; y unos espacios en los que se dejaba que la naturaleza obrara libremente, creciendo plantas silvestres, entre las que asomaban humildes flores, que alegraban la vista y servían para que Miri confeccionara pequeños ramilletes, con los que adornaba luego la estancia.

Fuera del cercado, el campo acogía gran variedad de árboles, propios de la zona.

La niña gustaba de pasear con su abuelito y alejarse de la casa, mirándolo todo y abrumándolo con sus preguntas, a veces tan seguidas, que no daba tiempo a que le contestase.

Uno de esos días en que salieron ambos a pasear, alejándose más de lo habitual, la niña observó que pasaban cerca de distintas clases de árboles.

- Abuelito, ¿por qué son distintos unos árboles de otros?.

- Porque cada clase de árbol tiene una utilidad diferente. Los árboles, como las plantas y los animales, los puso Dios para que nos sirvieran, cada uno de diferente manera, y debemos de cuidarlos y protegerlos.

- ¿Qué árbol es éste?

- Es un castaño. El fruto son las castañas, las que asamos en el fuego de la chimenea. La madera la utilizamos también para hacer muebles. Además, este árbol sirvió para darle nombre a un color, a uno de esos colores que a tí te gusta tanto utilizar.

- ¿Y esos?

- Son alcornoques. Los que ves que están pelados, es porque se les ha quitado la corteza, que es el corcho, y se ha aprovechado para hacer tapones y para ponerla en los Nacimientos, en Navidad, para que parezcan montañas.

- Esos los conozco, abuelito. ¿Son olivos verdad? ¿Para qué sirven?

- Verás, te contaré una historia sobre el olivo.

- Hace muchos, muchos años, un señor muy poderoso al que llamaban Zeus ofreció un premio a aquél de sus hijos que le hiciera el mejor regalo. Y el premio se lo llevó una hija suya que le ofreció un olivo.

- El olivo resiste el frío y el calor, la sequía y la abundancia de agua; se le puede podar hasta dejarlo en el tronco y vuelve a brotar; puede vivir más de mil años; tiene una madera muy apreciada; da aceitunas, que las comemos y, lo más importante, de las aceitunas se obtiene el mejor aceite del mundo, que sirve para las comiditas que te hace mamá, para las ensaladas, incluso se usa como medicina.

- ¿Y qué árboles son estos que se ven a cientos?

- Son encinas. Dan bellotas que son el alimento de muchos animales. y las hojas que caen forman una capa sobre la tierra, que sirve para que muchísimos bichitos se cobijen y se alimenten debajo de esa capa.

- Antes te conté que Zeus había dado un premio a su hija. Pues ahora te contaré otra historia que sucedió muchos años después.

- La gente ya no le llamaba Zeus, sino Júpiter. Iba armado por el rayo y el trueno y decían que la encina era su árbol preferido porque los rayos - que eran su arma - caían sobre las encinas, más que sobre otros árboles y pensaban que lo hacía adrede.

- Oye, abuelito, en aquella casa hay otros árboles ¿qué son?

- Los que están en el camino hacia la casa son cipreses y los que se ven cerca, como en un bosquecillo son pinos.

- Pues yo he visto cipreses en los cementerios ¿son árboles de muertos?

- No cariño, no es por eso.

- Tanto los cipreses como los pinos son árboles muy resistentes, pueden crecer en terrenos muy malos y necesitan pocos cuidados; pero hay muchas cosas que los diferencian.

- Los pinos crecen de forma irregular, abren mucho sus ramas para darnos sombra y nos ofrecen su aroma. Incluso comemos sus piñones y aprovechamos su madera y su resina.

- Pero tienen un grave inconveniente. Sus raíces son larguísimas y se extienden a lo ancho, buscando sitios lejanos para alimentarse y tienen una gran fuerza, tanta que rompen lo que encuentran, ya sean rocas o casas. Por eso es peligroso que crezcan cerca de las construcciones.

- En cambio, los cipreses son más sobrios y elegantes. Son como los hombres buenos. Crecen rectos hacia arriba y, lo más importante, la parte que no se ve también es recta. Sus raíces crecen verticalmente hacia abajo.

- Por eso los has visto en los cementerios, porque no tienen raíces retorcidas y son previsibles sus consecuencias.

- Sin embargo, en los tiempos de las historias que te conté antes, los griegos y los romanos, plantaban cipreses alrededor de sus casas de campo y actualmente se siguen poniendo, lo mismo que en los caminos, en las ermitas y en muchísimos sitios.

Habían caminado mucho y ya estaban de vuelta.

La niña había estado tan enfrascada hablando con su abuelito que no se había acordado de coger florecitas, tal como hacía otras veces.

Se había hecho tarde y Miri se fue con sus papás a su casa.

Por la noche, cuando se acostó y su mamá estaba sentada en su camita, le dijo:

- Mamá, cuando sea mayor tendré una casa en el campo con mucho terreno alrededor y bordearé la finca con cipreses, con muchos cipreses. Y delante de la casa, entre plantas y flores, quiero tener un olivo, un olivo muy grande.

- ¿Sabes por qué, mamá?

- Por que quiero tener cerca el mejor árbol que existe y, rodeándolo todo, los árboles más nobles y más elegantes para que vigilen al olivo y le hagan compañía.

-- o --

19.- ANGELES Y FLORES

Uno de los entretenimientos de aquellos ángeles era el soler mirar las flores.

Sin embargo, esta vez no era lo mismo.

Por una parte, habían recibido un encargo.

Por otra, el espectáculo era inusitado.

El espectáculo se daba en el bosque, que estaba de fiesta.

Desde las nubes, los ángeles, que miraban hacia abajo, tenían la impresión de estar viendo un lienzo - no exactamente un cuadro porque sería un casquete esférico - con un fondo compuesto de innumerables variedades de verdes, apenas visibles debajo de los infinitos puntos de vivos colores que formarían todas las flores.

No era un lienzo estático. Tenía vida.

Los puntos de colores se movían.

Llegaban de todas las partes de la Tierra.

Por el horizonte iban apareciendo nuevos colores, que se iban añadiendo a los que ya estaban y que se entremezclaban y se movían sin cesar.

Por primera vez, todas las flores del mundo iban a estar representadas. Había una de cada clase.

Adornadas con sus ricos vestidos eran las protagonistas de la fiesta.

¿Y qué era lo que había hecho posible dicha reunión?

El motivo era que no se ponían de acuerdo sobre cuál de ellas, por su belleza y por su importancia, debería ser considerada como su reina y acordaron reunirse en una asamblea universal para poder decidirlo.

Se pidió a estos ángeles que organizaran esa reunión tan especial.

Por ese motivo estaban allí.

Habían recorrido el mundo buscando a todas las flores existentes, explicando pacientemente el motivo y las habían convocado para el evento.

Los ángeles no estaban muy convencidos de la bondad del acontecimiento.

Y no estaban convencidos de si era o no bueno porque temían que, al tener que elegirse la mejor, surgieran sentimientos tales como la envidia, el rencor, la soberbia, etc.

También tenían miedo de que, incluso siendo flores, mintieran, pelearan, se ofendieran, etc.

Sin embargo, pensaron que también existían muchas posibilidades de que reinara el sentido común y las flores, consideradas siempre como virtuosas, encontrarán la forma de superar estos peligros.

Una vez convocadas las flores, la misión de los ángeles era la de vigilar que todo se fuera desarrollando de la mejor forma posible, solventando los problemas que se fueran planteando y que finalmente fueron insignificantes.

A medida que iban llegando las assembleístas, se iban formando grupos, más o menos numerosos, en los que cada una exponía sus argumentos, ya fuera para sugerir una forma de elección, ya fuera para hacer valer sus méritos en cuanto a su posible candidatura. Incluso para sugerir los deméritos de alguna otra.

Los puntos coloreados cambiaban de posición continuamente. Los grupos se hacían y deshacían para formar otros nuevos.

La animación era muy grande y, a medida que iba transcurriendo el tiempo, se iba haciendo mayor.

Los ángeles bajaron de las nubes para observar mejor, poder escuchar sus conversaciones y hacer valer su autoridad en caso necesario.

Tan pronto estaban en un gran corrillo, como se acercaban a donde habían solamente dos, o como se fijaban en algún otro grupo más o menos numeroso, donde se mezclaban las frases de unas con otras.

En unos, todas eran plantas trepadoras.

- Como la buganvilia - o buganvilla -, que alardeaba de que su nombre se debiera a un francés.

- Como la pasionaria, que llevaba los símbolos cristianos.

- Como la flor de Pascua, también con significado religioso.

- Como el jazmín, que, con su olor, anuncia su presencia desde lejos.

- Como la clemátide, con sus raras necesidades, como tener el pie de la planta a la sombra.

En otros, habían flores de bulbos.

- Como el tulipán, la flor representativa de Holanda.

- Como la anémona, tan vistosa como la anterior y que, para los humanos, significa el abandono.

- Como el jacinto, que nace en un escapo junto a innumerables hermanas y que es una de las pocas que puede utilizarse como nombre masculino.

En otros, habían flores de interior.

- Como las llamativas bromelias.

- Como las delicadas begonias.

- Como las prolíficas azaleas.

- Como el sencillo clavel.

En otros, habían flores acuáticas.

- Como el nenúfar que se deja mecer en la superficie.

- Como la flor de loto, orgullo del Japón.

En otros, habían flores de árboles.

- Como la del madroño, que forma racimos con sus hermanas.

- Como la roja del olmo.

- Como la blanca del acebo.

- Como la del pino silvestre, amarillas las masculinas y rosáceas las femeninas.

En otros, habían flores de arbustos.

- Como la blanca, perfumada y pequeña de la Celinda.

- Como la amarilla de la Santolina.

- Como la lila, que da nombre a un color.

Los ángeles no dejaban de curiosear, interesados en las conversaciones.

En un corrillo, la flor del árbol del amor (también llamado árbol de Judas) hablaba de la explosión de intenso color rosa con el que llenan sus ramas en primavera.

En otro, los narcisos (otra flor que puede dar nombre masculino) exponía sus razones.

En otro, la hortensia mostraba sus orígenes japoneses y recordaba que había llegado a Europa en 1790.

En otro, una preciosa flor manifestaba que se dejaba coger cuando aún era capullo, muriendo antes de nacer, para servir de alimento a los hombres, que entonces la llaman alcaparra.

En otro, la edelweiss, el símbolo de Austria, decía que su nombre estaba compuesto por edel (hermoso) y weiss (blanco).

En otro, la roja amapola, mostraba sus frágiles hojas, que se marchitan cuando se arranca.

En otro, una flor de cactus, tenía prisa por terminar, ya que tardaba mucho tiempo en florecer, y su vida se agotaba en un día.

En otro, el azahar (no se sabía si era de naranjo, de limonero o de otros árboles), más que hablar, inundaba el ambiente con su aroma.

En otro, la del pitosporo, con su nombre griego (pitta = pez, liga y sporos = semilla), demostraba su utilidad y belleza en los setos de las urbanizaciones.

En otro, la aguileña representaba la locura de amor, la reconciliación.

Los ángeles se alejaron volando hasta las nubes. Aún faltaba tiempo para que llegaran las rezagadas y se procediera a la gran asamblea y así, desde la altura, vigilaban a la vez que disfrutaban de la paleta multicolor..

Cuando ya todas hubieron llegado , se procedió a empezar.

Los ángeles fueron poniendo en fila a todas las flores y controlaron que todo transcurriera en perfecto orden y esta tarea fue la más ardua de todas, ya que no todas eran disciplinadas y el nerviosismo era contagioso.

La mesa que tenía que juzgar estaba compuesta por quienes habían sido considerados como idóneos para ello: los cuatro elementos tradicionales.

Los ángeles los habían designado como jueces por sus conocimientos, su experiencia y su neutralidad.

La presidía el agua, como elemento imprescindible para la vida, y la acompañaban el aire, la tierra y el fuego.

Las flores fueron pasando, una a una, por delante de los cuatro elementos, exponiendo las razones por las que, cada una de ellas, creía que debería ser la elegida como reina.

El desfile duró mucho, tanto, que los ángeles tuvieron que turnarse en su trabajo de vigilantes y así, mientras unos mantenían el orden, otros hacían viajes al cielo y volvían, otros daban hasta cincuenta vueltas a la Tierra y otros se entretenían jugando durante varios días, mientras esperaban a que se tomara la gran decisión.

Cuando todas fueron escuchadas y hubieron expuesto sus razones, los cuatro elementos se reunieron en una gruta para deliberar.

Discutieron durante horas y horas, sin llegar a ninguna conclusión.

Por fin, la sensatez y la sabiduría que da el tiempo (no hay que olvidar que estos elementos tienen millones de años), hicieron que se pusieran de acuerdo.

Y el resultado fue el siguiente:

Consideraron que no había ninguna flor que fuera tan superior a las demás, como para que pudiera ser elegida como reina, porque cada una de ellas tiene unas peculiaridades que la hace diferente y es precisamente esa diversidad lo que acentúa su belleza.

Consideraron también que las flores no deberían de volver a establecer competiciones, sino que cada una, en la medida de sus posibilidades, debería de esforzarse en ofrecer su belleza, su bondad y, en general, todas sus cualidades para hacer más agradable la vida a los seres que las rodean.

Que, no obstante, habían elegido, no una, sino cuatro flores, no como reinas, sino como embajadoras de las demás, como sus representantes, por ser notorios sus méritos.

Una de ellas fue la rosa, por representar la tradición, por ser una flor clásica, que sirve para limar asperezas entre los humanos y se ofrece como prueba de buena voluntad o de cariño.

Otra fue la orquídea, que representa la exquisitez, la elegancia, la educación, el buen gusto.

Otra de las elegidas fue la margarita, por ser una flor espontánea y libre y, sin embargo, adaptable a cualquier medio.

Y la otra, que no por ser la última nombrada tiene menos méritos que las demás, fue la violeta, la flor que es tenida como el paradigma de la humildad y de la discreción, la que, a pesar de su belleza, nace como tímida, entre muchas hojas, que parecen querer impedir que asome y que, en silencio, como temiendo molestar, puede observarse y apreciarse su aroma y su belleza.

Después de escuchar esto, los ángeles, muy satisfechos, volvieron al cielo para contar lo que habían visto y oído y pedir que nunca se acaben las flores, porque, si alguna vez desaparecieran, el mundo se acabaría.

-- o --

20.- EL MONITO

Hace muchos, muchos años, en un lugar que ni siquiera existe ya, vivían nuestros antepasados.

Pero estos no eran esos señores con barba y bigote y esas señoras con caras tan serias que se ven en los viejos retratos de palacios y caserones y en los cuadros de los escaparates de los anticuarios.

Estos antepasados eran los antepasados de los antepasados de los antepasados, etc.

Exactamente. Lo habéis adivinado: quienes allí vivían eran los monos.

Muchos monos, cientos de monos, miles de monos.

Monos que fueron evolucionando hasta que, parte de ellos, se convirtieron en lo que somos nosotros ahora.

Una evolución que hizo mejorar la especie en muchos aspectos y no solamente físicos, ya que lo que más evolucionó fue el cerebro, llegando a tener una capacidad de pensar y de razonar, que hizo que nos distanciáramos tanto de los primitivos animales.

Sin embargo, la evolución no ha impedido que sigamos cometiendo algunos de los mismos fallos.

Pero me he apartado del hilo del relato.

Aquel lugar al que me refería era muy grande, tan grande, que llegaba mucho más allá del horizonte, tan grande que, caminado durante varios días, seguía llegando mucho más allá del horizonte, tan grande, que, si después aún se seguía caminando, seguía llegando mucho más allá del horizonte.

Era tan enorme que necesariamente tenía que ser variado.

Habían zonas con vegetación baja con hierbas y arbustos, selvas, zonas de bosques menos densos, que alternaban con claros, zonas de rocosas montañas, zonas áridas, zonas pantanosas, ríos, riachuelos...

En una de esas zonas, con una gran variedad de árboles con apetitosos frutos, aunque no todos del mismo agrado, ni todos sabrosos; pero con suficientes alimentos para todos, vivía un grupo de monos, formando algo parecido a lo que los hombres llamamos familia.

Monia y Monín formaban parte de esa familia.

Monia era un mona de mediana edad, con una cara muchas veces inexpresiva, a veces sonriente y otras enfadada.

Sus facciones eran semejantes a la de algunas viejecitas que hemos visto alguna vez. La cara arrugada, con pelos, enseñando los dientes y algo calva. Y, de acuerdo con nuestro concepto de belleza, fea, muy fea.

Sin embargo, era una mona encantadora, también como casi todas las viejecitas.

Se sentaba junto a otros monos y colaboraba eficazmente en su aseo, escarbando entre sus pelos para quitarles los parásitos que continuamente les mortificaban.

También participaba en todas las actividades de la comunidad, sin que jamás protestara ni remoloneara.

Monia tenía un hijo: Monín

Era muy cariñosa con su hijo.

Éste, cuando era muy pequeño, siempre estaba agarrado a su madre.

Después, jugaban continuamente y el pequeño hacía las cosas propias de su edad, era travieso y a veces seguía las indicaciones de su madre; pero no siempre le hacía caso.

Entre los árboles del lugar, habían unos que daban unos frutos muy sabrosos.

Eran de ramas gruesas, flexibles y resistentes.

El aspecto de sus frutos no era atractivo.

Eran redondos y su diámetro solía ser como el doble del de una pelota de tenis.

La piel era muy fina, con algo de pelusa, y se podía quitar fácilmente.

Tenía un color grisáceo, como sucio, aspecto que se acentuaba por ciertas manchas que se repartían por su superficie.

A pesar de su apariencia poco agradable, era uno de los alimentos preferidos por el grupo durante la época propicia, tanto por la comodidad para obtenerlo, como por la facilidad para pelarlos, como por la blandura de su pulpa, como por su dulce sabor.

Monia le dio a su hijo muchos de esos frutos y le enseñó a cogerlos y a comerlos.

Al principio, Monia los cogía, los pelaba y se los iba dando poco a poco a Monín para que se los fuera comiendo.

Más adelante, se los daba sin pelar, para que éste lo hiciera, una vez que lo había visto hacer a su madre.

Cuando el monito ya quería coger la fruta por su cuenta; pero todavía no había aprendido lo suficiente, coincidió con la época en que ya empezaban a escasear los frutos.

Su madre le acompañaba por los árboles para ayudarle a coger estos antiestéticos; pero apetitosos frutos.

Cuando no comía, Monín ya correteaba solo por los árboles con bastante agilidad, lo que no impidió que un par de veces se cayera de alguna rama no muy alta y le sirvió para aprender.

En una ocasión, estaban en un lugar donde los árboles crecían en un terreno con bastante pendiente.

Por allí pasaba un río que salvaba un gran desnivel.

Los árboles de varias especies crecían muy frondosos en sus riberas alargando las ramas sobre la tierra y sobre el agua, que discurría con rapidez.

Monia había dado a su hijo uno de aquellos frutos, uno de los pocos que aún podían encontrarse.

El monito lo recibió de su madre; pero eran tantas las ganas que tenía de corretear que lo cogió con sus pequeñas manos y se fue.

Con el fruto en la mano anduvo entre los matorrales, se mojó los pies en una charca, dejó que rodara por el suelo e hizo lo que cualquier pequeño hace con un juguete.

Al cabo de un rato empezó a sentir la llamada de su estómago.

Se había alejado algo del lugar donde estaba su madre y se encontraba junto al río.

Se encaramó a uno de los árboles para comerse tranquilamente el fruto.

Desde el tronco se marchó hacia una de las ramas que se extendía sobre el agua y se sentó para comer.

Entonces algo llamó su atención. Algo de un color rojo brillante asomaba entre las hojas del árbol contiguo, cuyas ramas se entremezclaban con las de aquél sobre el que se encontraba.

Se incorporó y se mantuvo quieto durante un rato, observándolo. Luego fue moviendo la cabeza para tratar de verlo bien; pero, como no le fue posible, fue agarrándose por la rama donde se encontraba, yéndose hacia el extremo, para acercarse más al objeto de su interés.

Entonces comprobó que lo que nacía de aquel otro árbol era un fruto que no conocía. Un fruto de un tamaño semejante al que llevaba en la mano; pero de un color muy llamativo y hermoso.

Seguro que, con aquella apariencia, debía ser mucho más sabroso que el que tenía. Pero había aprendido ya a ser prudente, así que no soltó el que le había dado su madre.

Siguió un poco más por la rama, que se iba haciendo más endeble a medida que avanzaba, y se fue acercando a otra que llegaba desde el otro árbol.

Se sujetó con fuerza y, dejando un pie en la rama donde estaba, apoyó el otro sobre la otra.

La rama del otro árbol aún era más delgada y flexible que aquella que estaba a punto de dejar.

Se fue apoyando con cuidado y, poco a poco, quitó el pie que tenía atrás y lo fue poniendo junto al que había adelantado.

Monín apretaba el fruto antiguo fuertemente en su mano para que no le cayera y así, cogiéndose con la otra mano, fue adelantándose por la rama hacia el fruto rojo, siempre con mucha lentitud.

Ya casi lo tenía a su alcance.

Apoyó bien los pies

Se quedó quieto un instante para asegurarse de que la rama resistía.

Adelantó la mano para cogerlo.

Puso la mano sobre él.

Lo cogió y apretó entre sus dedos.

Estiró para soltarlo de la rama y comprobó que estaba fuertemente sujeto.

Dio otro estirón más y tampoco se soltó.

Con mucha fuerza volvió a estirar.

Entonces consiguió soltarlo y tenerlo en su mano.

Pero este último tirón hizo que se tambaleara la rama sobre la que se apoyaba.

No hay que olvidar que Monín era pequeño todavía y falto de práctica.

Tenía las manos ocupadas con sendos frutos y, con sólo ambos pies agarrado, estaba a punto de perder el equilibrio y caer.

Su reacción fue inmediata y transcurrió todo en un instante.

Lanzó sus manos hacia una rama superior para sujetarse bien.
Su cerebro advirtió que estaban ocupadas por los frutos y que así no podía coger la rama.

El fruto rojo era muy deseado y lo apretó con más fuerza para que no le cayera.

La otra mano fue la que le sirvió para coger la rama y mantenerse en el árbol.

Su mano no podía abarcar a la vez la rama y el fruto y éste se le escapó de la mano y cayó sobre el río.

Monín se quedó mirando cómo la bola gris se alejaba flotando hasta que desapareció, arrastrada por la corriente, perdiéndose irremisiblemente; pero no le importó demasiado porque tenía lo que quería.

Tenía el rojo en la mano y se dispuso a comerlo. El hambre había aumentado con la peripecia.

Sin embargo, antes de empezar a comer, todavía estuvo mirando y admirando el fruto durante un rato. Le gustaba tanto su aspecto...Se sentía tan feliz...

Finalmente se decidió y dio un bocado.

Entonces sintió un sabor tan amargo, que hizo que echara lo que tenía en la boca; pero, aún así, el amargor continuó mortificándole.

Y no sólo fue eso, sino que una parte muy pequeña llegó a tragarla y casi inmediatamente su estómago se revolvió, encontrándose tan mal que el pobrecito pensaba que se iba a morir.

En esto estaba, cuando llegó su mamá, preocupada por la ausencia de su hijo.

Al enterarse de lo que había pasado, aprovechó para decirle a su hijo:

- Has cometido un gran error: el de despreciar lo que tú sabías que tenía un interior muy bueno por lo que pensabas que era mejor y que te deslumbró con su apariencia.

- Antes de decidirte por algo, comprueba lo que realmente vale y no te fies del exterior.

- Y piensa que has tenido suerte de no haber comido más, porque hubiera sido tu muerte.

Monín aprendió la lección y no volvió a hacerlo.

Pero, después de los millones de años transcurridos, los humanos seguimos cayendo en el mismo error, dejándonos arrastrar por las apariencias, las buenas palabras, los halagos, dejándonos llevar y entregando a menudo nuestro corazón y nuestra voluntad a aquellos que de forma inmediata nos ofrecen satisfacciones fáciles para nuestros sentidos, sin que hagamos funcionar nuestra inteligencia y sin pensar (porque es más cómodo no hacerlo) que la virtud en los demás hay que buscarla en su interior y que la felicidad no la encontraremos jamás en lo fácil, que primero tendremos que estar seguros de la calidad del interior de lo que deseemos.

-- o --

21.- GUIANTES CON MENTA

Era verano.

En aquella pequeña isla del Mediterráneo hacía mucho calor.

Las paredes completamente blancas de aquel pueblecito acentuaban la luminosidad del sol, tanto que llegaba a dañar la vista.

Como siempre en esa época y a esas horas, al mediodía, las calles estaban desiertas.

Las casas permanecían con las ventanas cerradas para que el calor no penetrara en el interior.

Daba la impresión de ser un pueblo abandonado, si no fuera porque, en algunos rincones, donde el sol no daba, emergía alguna planta solitaria del interior de una maceta pintada con un vivo color.

Parecía que hasta las moscas habían emigrado.

El único movimiento que se advertía era el de las hojas de los árboles que movía la brisa.

En las zonas templadas o cálidas, las islas tienen esta gran ventaja. Durante las horas de calor, la brisa las barre, aliviando el calor, y es muy agradable permanecer quieto en una sombra, sintiendo en el rostro y en los brazos el sople fresco que viene del mar.

Habíamos hecho unos pocos kilómetros desde la capital insular hasta este lugar. Pocos kilómetros, porque, haciendo algunos más, habríamos salido del perímetro costero y entrado en el mar. Ventajas – o inconvenientes – de los caprichos de la Geografía.

Durante el corto trayecto, el chasis del coche había tenido suficiente tiempo para recoger tal cantidad de calor que, si, por fuera, hubiera apoyado la mano sobre él, habría sufrido dolorosas quemaduras. Algo que naturalmente no se me ocurriría hacer.

En sí mismo, no era lo peor que el chasis se recalentara hasta ese extremo, sino que interiormente ese calor iba desprendiéndose del metal y nos iba envolviendo y haciendo el trayecto más insoportable, a pesar de llevar los cristales de las ventanillas bajados.

La inmediata salida del vehículo al llegar a la población fue un acto ansiado por todos.

Aparcamos en un pequeño montículo en las afueras.

En la cima había un edificio relativamente nuevo, que mantenía el estilo tradicional de los del lugar.

Era el restaurante al que habíamos decidido ir a comer.

Al entrar, la primera sensación fue de bienestar.

La temperatura era sensiblemente más baja que en el exterior, lo que ya hubiera bastado para que nos sintiéramos a gusto.

El local era amplio. Grandes ventanales proporcionaban una luminosidad muy apreciable.

Las mesas estaban bastante espaciadas y distribuidas de tal manera, que todavía parecía mayor el comedor.

Éramos los primeros clientes del día y podíamos elegir dónde sentarnos.

Como siempre ocurre cuando hay tanto donde escoger, tardamos bastante en decidir, sentándonos por fin, después de habernos acercado previamente a tres mesas y habiéndolas desechado con pretextos infantiles.

Mantel rosa pálido, platos con motivos geométricos pequeños y un pequeño búcaro con florecillas ayudaban con su estética.

Fue el dueño quien se acercó para tomar nota de lo que queríamos tomar y para darnos sus consejos y su opinión sobre nuestras preferencias.

Con mucha naturalidad, atribuyéndose una confianza que no le habíamos dado, cogió una silla y se sentó entre nosotros, libreta en mano.

Nos hizo algunas sugerencias y no recuerdo lo que pidieron los demás.

Lo que sí recuerdo muy bien es que me llamó la atención uno de los platos de la carta, no porque pareciera más apetitoso que el resto o que su denominación me resultara especialmente atractiva

Lo que hizo que me fijara en él fue la sensación de extravagancia que me produjo.

- Para mí “guisantes con menta” dije, sin pensarlo dos veces.

El dueño, impassible, me miró, no dijo nada durante unos instantes y después, como un latigazo seco, autoritariamente y con mucha seguridad, exclamó:

- No se lo recomiendo.

Su frase me dejó desconcertado y sólo atreví a decir:

- ¿Tan malo es?

- No, no es malo. Aquí no tenemos nada malo. Sencillamente es un plato con un sabor especial, no apropiado para nuestros gustos. Ése es el motivo de no aconsejárselo.

- No importa. Yo quiero probarlo.

El dueño, sin decir palabra; pero con una expresión muy gráfica, que se traducía claramente por un ¡allá Vd.!, tomó nota de mi pedido, terminó el de todos y se fue.

En la mesa había cierta expectación por ver los dichosos guisantes.

Después de una corta espera llegaron todos los primeros platos pedidos, entre ellos el de la menta.

Aparentemente la preparación era muy sencilla y después pude comprobar que realmente era así.

Una cantidad no muy abundante de guisantes – que parece que estaban precocinados – y sobre ellos una crema de un color más verde y más brillante, que era la crema de menta.

Ataqué con decisión – y con la cuchara – el objeto de mis preferencias, sintiendo sobre mí la mirada de los que me rodeaban.

La primera impresión, que suele ser la acertada, era que parecía que estaba comiendo unos guisantes no demasiado buenos, mezclados con pasta dentífrica. Más o menos, como si me estuviera limpiando los dientes, frotando la pasta con unos guisantes recién extraídos de una lata.

Naturalmente, después de exagerar mis gestos al saborearlos, puse una expresión beatífica y de satisfacción.

No me atreví a decir que estaban muy buenos, porque no hubiera sido cierto, así que tuve que utilizar una frase menos comprometedora.

- Realmente este plato tiene un sabor muy original.

Mis acompañantes se miraron con cara de complicidad y con una sonrisita irónica.

Durante el resto de la comida, aún tuve que soportar algún que otro comentario, dicho con socarronería, que sirvió para alegrar la tertulia.

No me arrepiento de haber pedido aquel plato; aunque seguro que aquélla fue la última vez que lo hice.

Fue una experiencia, no muy placentera; pero tampoco excesivamente desagradable y me sirvió para averiguar algo nuevo que desconocía.

No siempre es aconsejable tratar de probar todo lo que no se conoce; pero el afán de conocer más y el tener experiencias nuevas, por el simple placer de saber más en cualquier campo, siempre es aconsejable, salvo que sea perjudicial para la conciencia, para el cuerpo o para otros.

-- o --

22.- EL ESCULTOR

Juanito vivía en una gran ciudad.

Su casa estaba situada en una calle muy ruidosa. Cientos de coches pasaban diariamente por delante. Además, frente a su portal, habían unos semáforos y el chirrido de los frenazos bruscos y el sonido característico de los acelerones era constante.

A pesar de vivir en un séptimo piso, con ventanas de las llamadas insonorizadas, era difícil, para un niño, concentrarse en las tareas que le señalaban sus maestros.

La casa no era del agrado de sus padres; pero les había oído decir que las circunstancias les habían obligado a estar viviendo allí.

Su colegio no estaba lejos de la casa. Sin embargo, no podía ir y venir solo. Para un chico de su edad hubiera sido una verdadera epopeya cada vez que recorriera el trayecto.

Era hijo único y, de lunes a viernes, comía en el colegio. Sus padres lo decidieron así, tanto por su propia comodidad y la del chico, como porque así se acostumbraba a estar con otros niños, no solamente durante el tiempo de clases.

Habitualmente lo llevaba su padre por las mañanas y lo recogía su madre. A veces, por exigencias del trabajo de alguno de ellos, alteraban la costumbre.

A primera vista, no se distinguía de los demás niños. Era uno más. Estudiaba, sin ser de los primeros de la clase, hacía alguna travesura y se divertía como cualquiera.

Pero, observándole con más atención, en el día a día, podía comprobarse en él ese afán de conocimiento, de saber más, propio de los más inteligentes.

Su padre tenía un hermano soltero, que, además, era el padrino de Juanito.

Como no tenía hijos, había depositado su afecto en el ahijado, el cuál, siempre que sus obligaciones escolares se lo permitían, procuraba que alguno de sus padres le llevaran a su casa. Cuando estos no podían, llamaba a su tío para que fuera a buscarle. Y éste lo hacía encantado, dejando su trabajo para recogerle.

Su trabajo, en realidad, no era trabajo. Era un placer para él.

Era artista, escultor. Esculpía en piedra y en madera.

Tenía su vivienda en las afueras de la población. Había sido una masía. Un caserón, que llegó a estar casi en ruinas. Después de comprarla, la restauró con buen gusto y, lo que, en su día, eran cuadras y corrales, ahora constituía su taller.

Esparcidas por el suelo y sobre pesadas mesas, figuras a medio hacer. Bustos cuyos brazos terminaban en grandes muñones, a la espera de sacar sus dedos de dentro; cabezas que, por estar esculpidas sólo en parte, parecía que asomaban saliendo del agua; la parte delantera de un caballo, pareciendo que su trasero estaba aprisionado entre la piedra y se confundía con ella, etc.

También tallas en madera, más pequeñas que las obras de piedra, la mayoría, figuras humanas inacabadas.

Cuando iba su ahijado, el escultor dejaba lo que estuviera haciendo en ese momento para atenderle.

Tío y sobrino se metían en la cocina. Sobre la mesa se montaba un verdadero escaparate con todo lo que era del agrado de este último.

Queso, jamón, embutidos, refrescos, zumos, magdalenas, chocolate, fruta de varias clases, etc. llenaban la mesa, de tal modo, que apenas quedaba espacio para poner un vaso y un plato para cada uno.

Siempre habían grandes provisiones de todo lo que gustaba al pequeño, que bebía y comía de capricho. Un poco de cada cosa; pero aquello constituía una verdadera fiesta para él.

Después aún se quedaban un rato charlando. No mucho, porque lo que más atraía al chaval era el taller.

Cuando estaba en ese lugar, inmediatamente pasaba revista a todas las piezas. Muchas de ellas las tenía casi aprendidas de memoria, pues el artista, por alguna razón, las había apartado mucho tiempo atrás, sin volver sobre ellas.

Entonces su tío continuaba con la labor interrumpida por su llegada.

Uno esculpiendo, el otro mirándolo todo y ambos charlando con algún que otro silencio intermitente transcurría el tiempo.

La iniciativa de las conversaciones solía llevarla Juanito, que, cuando estaba inspirado, asataba a su tío con preguntas y preguntas, que éste contestaba pacientemente, las más de las veces, adornando sus respuestas con explicaciones detalladas, ejemplos y algún que otro consejo o comentario que le sirviera de enseñanza.

- ¿Por qué no utilizas las mismas herramientas para la piedra que para la madera?

- Porque la piedra es mucho más dura y la herramienta ha de poder romperla; pero solamente lo necesario. Para la madera ha de usarse algo más cortante, más fino.

- ¿Por qué vas con tanto cuidado?

- Porque, si alguna vez profundizo más de lo necesario, en la piedra o en la madera, ya no puedo reponer lo que me llevé de más.

- ¿Por qué te gusta ser escultor?

- La escultura es un arte, Quiero expresar en tres dimensiones lo que veo con los ojos o con la imaginación y me resulta sencillo hacerlo.

- ¿Por qué te resulta sencillo?

- Te lo explicaré lo mejor que sepa.

- Nuestras aptitudes son distintas. Unas personas hacemos unas cosas mejor que otras; pero otras cosas las hacemos peor. Yo sé esculpir y hay quien no sabe; sin embargo, no sé hacer muchas cosas que otros sí que saben y cada uno ha de ser consciente de sus limitaciones.

- También has de tener en cuenta que la misma cuestión puede explicarse de más de un modo, así, según la manera, puede influirse en el que escucha, incluso llevándole a conclusiones erróneas.

- Por eso, como ejemplo, te diré, de dos formas distintas – aunque sencillas - en qué consiste la escultura.

- La primera es que la escultura es una de las Bellas Artes, la que expresa en relieve lo que el artista lleva en su interior. Como todas las Bellas Artes, ha de producir un sentimiento íntimo de placer en quien lo ve.

- Otra forma de aproximarse al concepto de escultura (dejando aparte el modelado) sería decir que consiste en coger un bloque de piedra o una madera y pensar que la escultura ya existe en su interior y que lo único que hay que hacer es quitar lo que sobra.

- De acuerdo con esta última explicación, la obra, con toda su belleza, está dentro; pero, tan recubierta, que nadie la puede ver, solamente el artista, que, cuando la coge en sus manos, va separando lo que impide contemplar su interior.

- Es algo parecido a lo que ocurre con muchas personas. Aparentemente no son agradables; pero si tratamos de no ver ese exterior rudo o desagradable y nos adentramos en su personalidad, encontramos un corazón lleno de belleza.

- Por el contrario, el artista puede tener una piedra aparentemente perfecta y, cuando va descarnando su exterior, puede encontrarse que dentro tiene fallos muy grandes, que era pura apariencia; o tener una madera que parece sana y su interior estar carcomido.

-Eso también puede ocurrir con las personas. Brillantes y educadas; pero que, al escarbar en su personalidad, está podrida.

- Y eso es lo que has de procurar siempre, Juanito: Mirar el interior de tus semejantes, sin dejarte influir por su apariencia o buenas palabras, que solamente es el vestido que cubre su interior.

-- 0 --

23.- LA BURBUJA

El cielo, que había sido azul durante toda la mañana, empezaba a cubrirse de nubes de tonos grises muy oscuros.

Poco a poco, la luminosidad de las calles iba desapareciendo y daba la impresión de que anochecía.

Unas pequeñas gotas anunciaban lo que llegaría después.

Apenas se notaban sobre las reseca callejuelas del pueblo. En cuanto tocaban el suelo, eran absorbidas por el suelo recalentado o se evaporaban rápidamente.

Pero las gotas iniciales fueron trocándose en otras mayores y más seguidas.

Éstas ya no desaparecían y llegaron a empapar las calles, cubriéndolas con una fina película de agua y polvo.

La constante lluvia - ahora ya abundante – obligó a los lugareños a refugiarse en sus casas. Desde detrás de los cristales de las ventanas miraban en silencio, comentando, de tanto en tanto, el tiempo que hacía que no veían llover.

En una plazuela, en la parte alta del pueblo, el agua se encharcaba.

Las gotas caían incesantemente sobre la recién nacida laguna urbana y, al golpear con el agua ya caída, formaban burbujas, que se deslizaban suavemente por la superficie de la charca.

Eran de distintos tamaños. Unas se veían agrupadas, otras solitarias; pero todas en constante movimiento.

En cierto momento, en medio de un grupo, se formó una mucho más grande que el resto.

La burbuja – llamémosla gigante – se mezclaba entre las otras, cambiando de posición constantemente en relación al resto, mientras todas, a la vez, avanzaban con lentitud hacia el extremo más bajo de la plaza.

La burbuja gigante, después de revolverse durante un rato entre sus hermanas menores, las empezó a mirar con desprecio. Las miraba desde lo alto.

Comenzó a tomar conciencia de su grandeza y pensó que ninguna de las demás era como ella.

No solamente era de mayor tamaño. Además podía reflejar con más viveza las luces de las farolas. También podía moverse con mayor rapidez, al ofrecer más superficie al viento.

Sintiéndose superior, procuró apartarse del grupo y marchar sobre el agua en solitario.

Cuando alguna otra se ponía a su lado, rápidamente se separaba, tratando de alejarse.

Iba de una parte a otra, como danzando con una música insistente; pero con el ritmo monótono de las gotas que seguían cayendo y formando nuevas burbujas.

Ufana y despreciativa, fue moviéndose así durante un rato, teniéndose a menos rozarse con ninguna, sin permitirse ni siquiera un leve contacto con las inferiores.

Aburrida de tanto dar vueltas sola, quiso ver nuevos horizontes y se fue acercando hacia la parte de la plaza donde el agua rebosaba.

Infinidad de burbujas salían por allí, primero acercándose despacio y, una vez superado el límite, bajando con rapidez, al igual que el agua que escapaba.

No quería ser como las demás, ni marchar con ellas, así que, mientras decenas iban pasando, remoloneó, sin acercarse a donde el agua salía.

Cuando, en un momento, hubo cierta pausa en el desfile burbujeante, corrió y se dejó llevar por la corriente.

Al principio, a más velocidad de lo que deseaba; pero aún podía esquivar a otras inferiores, no dejando que se pusieran a su lado y mirándolas, al igual que antes, con soberbia y desprecio.

La corriente de agua salía de aquella calle con poca pendiente para adentrarse en otra, con un ángulo mucho más pronunciado.

La velocidad aumentó.

La burbuja gigante se encontró, de repente, mezclada con muchas de aquéllas, a las que antes había evitado.

Todas bajaban a gran velocidad por un lugar estrecho.

Ella, la más grande, la más bella, la más luminosa, la más transparente, en una palabra, la superior, se confundía entre todas. Y – lo que es peor todavía – ninguna le prestaba atención.

Era humillante.

La pendiente continuaba.

El agua seguía bajando rápidamente.

Pero llegaría un momento – pensó - en que volvería a remansarse. Y la orgullosa burbuja volvería a ser la más importante.

El sonido de la lluvia se confundía con el del agua de aquel torrente.

Pero otro sonido, también de agua, se iba haciendo más potente, semejando que los demás iban apagándose.

Era un sonido profundo y, a la vez, escandaloso.

Era, en cierto modo, lúgubre.

Parecía que se producía en una caja de resonancia.

El sonido aumentaba de volumen, como también crecía la velocidad del agua.

Ya no se oía el de la lluvia.

Tampoco se escuchaba el de la torrentera.

Solamente el nuevo sonido tenebroso.

La burbuja gigante, pegada con las otras, aprisionada entre las feas e inferiores, se precipitó, sin distinción alguna, entre el enrejado de una alcantarilla y todas desaparecieron.

-- o --

24.- LOS MONSTRUOS

<< ...todo es según el color
del cristal con que se mira.>>

Era una apacible trabajadora, que, aquella primavera, salía de su casa para procurarse el sustento y poder ahorrar para el invierno siguiente.

Sabía que, cuando pasara el buen tiempo, ya no podría trabajar y tendría que alimentarse del trabajo del verano.

Caminaba rápida bajo el sol; pero, a pesar de mirar constantemente hacia todas partes, se perdió y fue vagando durante un tiempo hasta que, a lo lejos, vio una figura semejante a la suya que se le aproximaba.

Tanto ella como la que se acercaba iban sorteando los innumerables obstáculos del terreno.

Cuando estuvieron más cerca, la obrera se percató de que su semejante sólo lo era en la forma; mas no en el tamaño, ni en el color.

Era negra y de mirada fiera.

Sus dimensiones triplicaban las de la obrera.

Rápidamente se abalanzó sobre la pobre trabajadora.

La mató.

La agarró y, cargando con ella, se volvió por donde había llegado.

Pasaron unos instantes cuando una sombra las cubrió.

Un monstruo volador, feo, de color pardo, con pico, se echó sobre ambas y, abriendo su enorme boca, se las tragó.

Después siguió volando.

Cansado y sediento, el monstruo volador aterrizó en la ribera de un río.

Miró frente a sí. Después observó a ambos lados.

Confiado, se puso a beber reposadamente.

Cautelosamente, otro monstruo, éste terrestre, con cuatro patas y de un peso unas decenas de veces superior, se fue acercando por detrás.

Avanzó sin hacer ningún ruido hasta que su instinto le advirtió de que ya estaba lo suficientemente cerca para saltar.

Quedó unos instantes inmóvil.

Después, dio un ágil y repentino salto y cayó sobre el monstruo volador pardo.

Allí mismo lo devoró y desapareció en busca de más comida.

Trepó por una riscalosa montaña.

A lo lejos divisó una posible presa y se lanzó raudo en esa dirección.

Con el apresuramiento no comprobó suficientemente la solidez de donde se apoyaba.

Pisó sobre unas piedras sueltas y cayó montaña abajo, arrastrando consigo gran cantidad de rocas.

Cuando su cuerpo hubo frenado, tenía varios huesos rotos y quedó sepultado, en parte, por todo lo que cayó con él.

El monstruo de cuatro patas gritaba de dolor y así estuvo casi un día entero.

Exhausto, sintiéndose morir, calló y se mantuvo jadeante hasta que otro monstruo volador, aproximadamente de su mismo tamaño, de pico corvo, con unas alas de tonos no uniformes, bajó del cielo y se paró a su lado.

Pacientemente esperó a que el moribundo estuviera inmóvil.

Cuando consideró que ya no existía peligro de que se moviera y pudiera herirle, se acercó, con su gran pico fue estirando su piel y su carne, engulliéndola a continuación hasta que, hartado, emprendió el vuelo, abandonando parte de su presa.

Voló dirigiéndose hacia unas montañas próximas y, cuando pasaba sobre lo más alto, otro monstruo, mayor que el volador, alto, apoyándose sobre dos patas, estiró dos brazos simétricos y un tercero diferente, situado entre ambos, en dirección al volador.

Se oyó un seco y potente ruido procedente del monstruo alto y, echando humo – quizá también fuego – de su tercer brazo, hizo que el volador cayera muerto al instante.

Agarró con sus dos brazos iguales el cadáver del volador y descendió de la montaña.

Estaba anocheciendo.

Negros nubarrones amenazaban lluvia y tormenta.

Había recorrido casi toda la ladera, cuando se paró.

Ante él, una ancha franja, sin vegetación, uniforme, de color gris oscuro, se interponía en su camino.

Por la izquierda y por la derecha la franja se escondía a su vista; pero continuaba.

El monstruo alto se paró ante la franja, dudó un instante y luego se dispuso a atravesarla.

Inició el cruce con rapidez; mas, antes de llegar de nuevo a la zona con vegetación, por su derecha, apareció otro monstruo mucho mayor que él.

Tenía una extraña forma.

Era muy, muy grande.

Más largo que alto.

Tan alto como ancho.

Visto de frente, tenía unos ojos situados como a una tercera parte de su altura y despedían una luz muy brillante, que le permitían ver durante la noche.

No parecía tener cuerpo. Sólo cabeza de forma cuadrada.

Sin embargo, esta apariencia no correspondía a la realidad, ya que su cuerpo se estiraba por detrás y con una forma parecida a la cabeza.

Se deslizaba como si no tuviera patas y reptara, adaptando su movimiento a la forma de la franja.

Extrañamente sus ojos brillantes no echaban humo; pero sí que lo expulsaba por su trasero.

Tan rápido iba, que, como si no hubiera visto al monstruo alto, le pasó por encima, aplastándolo con su peso, siguiendo por la franja sin inmutarse.

Más adelante, la franja perdía su condición rectilínea, zigzagueando y curvándose para adaptarse al terreno.

En una de las curvas, quizá por la velocidad, quizá por despiste del monstruo, quizá por ambas razones, aquél siguió reptando en línea recta, hacia fuera de la franja, parando de repente al dar contra una roca, produciéndose un estruendo.

Del monstruo reptante empezaron a salir grandes llamas, que lo envolvían y consumían.

El fuego hubiera continuado, si no fuera porque las nubes se cansaron de retener el agua, iniciándose una feroz lluvia, que consiguió apagar aquel fuego.

El agua, juntamente con restos del monstruo, se filtró por el suelo.

Recorrió distancias bajo tierra.

Lejos afloró por unas grietas entre unas rocas.

Regó espacios fértiles.

Crecieron plantas con frutos.

Y otra apacible obrera, pariente de la que iniciaba esta narración, se afanaba por recoger estos frutos para procurarse el sustento y poder ahorrar para el invierno siguiente.

Notas

Para poder entender mejor este relato, es conveniente ver a continuación qué y quién es cada uno de los monstruos protagonistas y releer el cuento.

Trabajadora: hormiga común, pequeña.

Monstruo negro de mirada fiera: hormiga asesina.

Monstruo volador pardo: pájaro insectívoro.

Monstruo terrestre de cuatro patas: zorro.

Monstruo volador, del mismo tamaño: ave de rapiña.

Monstruo alto, sobre dos patas: hombre con escopeta.

Monstruo reptante: autobús.

-- 0 --

25.- EL TONTO

Soy pintor y vivo en una ciudad de provincias.

Me gusta ir a lugares poco visitados. Hablar con las gentes del lugar, saber cómo son, cómo viven, lo que piensan, etc.

En estos desplazamientos, durante los cuales realizo la mayor parte de mi obra, aprendo mucho de la gente humilde y sencilla del campo. El contacto con el pueblo me enriquece espiritualmente, además de que disfruto enormemente.

Fue en uno de estos viajes cuando conocí al personaje de mi relato.

Era en una provincia española.

Era en una zona pobre de esa provincia.

Era en un pueblecito de esa zona.

El pueblecito estaba lejos de cualquier otro y el más cercano era tan chiquito y mísero como éste.

En el centro destacaba la torre de la iglesia, adosada al cuerpo principal. Una iglesia vieja – no antigua –, también pequeña, de piedra por fuera y encalada en su interior, apenas vestida por una cruz y dos santos al frente. A los lados, nada.

La puerta principal daba a la Plaza Mayor.

La plaza era de forma irregular. Dos fachadas formando ángulo recto y el resto tomando algo de curvatura.

Tenía el suelo de tierra y piedras con unos olmos centenarios - que daban sombra a tres bancos, donde algunos ancianos mayores solían pasar las horas - y un pequeño monolito sin pulir, donde, años ha, se había escrito una inscripción con pintura, ya desaparecida, dedicada a un vecino que murió durante la Guerra de la Independencia. Ahora el monolito sólo servía para que los pocos niños que vivían allí lo utilizaran en sus juegos.

Del suelo reseco se escapaban algunos tallos cortos, doblados y amarillentos de los hierbajos que no habían sido demasiado pisoteados.

Junto a la pata de uno de los bancos, un agujerito irregular era traspasado diariamente, en verano, por cientos de hormigas negras que caminaban apresuradas en ambos sentidos.

Una calle – realmente la única que podría llamarse así - atravesaba la plaza por uno de sus lados rectos. De ésta salían varias callejuelas que, después de varios metros, morían en el campo, un campo mayoritariamente seco, donde el ocre de la tierra combinaba con el amarillo de la mies, salpicado – en la época propicia – con el rojo de las amapolas.

La pobreza del lugar obligaba a la emigración. La emigración llevaba a la soledad. La soledad era una de las características más evidentes.

En las viviendas no había agua corriente. En las viviendas apenas había nada.

La única fuente del pueblo estaba en un rincón formado por la parte trasera de la iglesia y la vivienda del párroco. A ella acudían los vecinos para conseguir el agua necesaria.

Sin embargo, había otra fuente en una loma pelada, como a una legua de distancia de las casas.

El agua brotaba tímidamente de la quiebra de un risco. Se encharcaba junto al manantial, seguía después con apresuramiento y, al llegar a la falda de la loma, volvía a recobrar su mansedumbre.

Como pidiendo perdón por su intromisión, se dejaba llevar por la inapreciable pendiente, entre un diminuto cauce que había abierto entre los campos.

Antes de alejarse del pueblo, la horizontalidad del terreno favorecía la formación de varios remansos, que servían de hábitat a anfibios, pececillos e insectos acuáticos.

Este riachuelo llevaba tan poca agua, que no servía para regar los campos, solamente para romper la seca monotonía del paisaje.

Y también era muy monótona la vida en el pueblo.

Los lugareños llevaban una vida muy dura. Pasaban el día trabajando el campo, cuidando los animales y haciendo los trabajos caseros que, en otras partes, realizaban especialistas. Ellos mismos confeccionaban sus cuerdas, hacían tabiques, fabricaban jabón, etc. Prácticamente cada familia era autosuficiente en procurarse los medios necesarios para su vivir cotidiano.

Todos se conocían, todos sabían la vida de todos. Casi no había vida privada, porque el pueblo entero era una sola familia y sus calles, los pasillos de sus viviendas.

Uno de los habitantes del pueblo se llamaba Pío.

Era un hombre de complexión normal, ojos serenos, semblante sonriente y aspecto muy bondadoso.

Y su carácter respondía a su aspecto.

Era la mismísima bondad. Su corazón no tenía ningún vestigio maligno.

Tenía un corazón de oro; pero su mente se había desarrollado poco.

Los niños del pueblo – los pocos que había – se divertían gastándole bromas y burlándose de él.

- ¡Pío! – le gritaban.

Él volvía la cabeza, contestando invariablemente:

- ¿Qué?

Y los niños:

- Pío, pía.

Y todos, a coro, imitaban el sonido de los pájaros.

Otras veces, le decían:

- Pío, llevas una araña en la gorra.

- No es verdad, que soy tonto y me queréis engañar, como siempre.

- No, Pío, que esta vez es verdad.

Y Pío se quitaba la gorra - como cada vez – y, después de mirarla, sin encontrar ninguna araña, se la volvía a poner, recriminado a los chicos:

- Sois malos, malos. Me habéis vuelto a engañar.

Y la chiquillada se reía, como tantas veces lo había hecho.

Su familia y el resto de vecinos le encomendaban trabajos sencillos, para los que no se necesitara pensar mucho, que él hacía siempre sonriente.

Él mismo reconocía que no era inteligente y acostumbraba a decirlo, en cuanto tenía ocasión.

Cuando no tenía trabajo que hacer, se iba al río. Más exactamente, al riachuelo del lugar.

Allí podía pasar horas en silencio y allí lo vi llegar un día, cuando yo estaba pintando.

Apareció en silencio, con paso lento. Parsimoniosamente se sentó sobre una piedra, a medio metro del agua. Llevaba una bolsa de plástico y una vara.

Abrió la bolsa y extrajo unos metros de sedal arrollados en un trozo de madera, con un anzuelo sujeto en uno de sus extremos y un tapón de corcho anudado unos centímetros antes del anzuelo. En el otro extremo - una vez desenrollado completamente – hizo un lazo y lo enganchó a la punta más estrecha de la vara.

Miró varias veces su obra y finalmente lanzó el sedal al agua.

El anzuelo se hundió lo poco que le permitía su distancia del tapón, mientras éste se mantenía a flote.

Estuvo mucho tiempo sujetando la vara con el sedal, hasta que la dejó sujeta entre unas piedras.

Después metió la mano en la bolsa y dio cuenta de un trozo de pan y algo de queso que sacó de su interior, acompañándose varias veces del agua que bebía directamente del arroyo.

Cuando hubo terminado, volvió a coger su artilugio, y continuó sentado, con la vista puesta, ora en el horizonte, ora en el riachuelo; pero prácticamente inmóvil.

Entonces dejó la pintura, me acerqué, le saludé y me senté a su lado.

- Hola Pío.

Pío, al verme, se levantó para saludarme – siempre tan atento – y yo le obligué a sentarse de nuevo.

- ¿Qué haces?

- Ya ve Vd., pasando el rato.

- ¿Siempre vienes al mismo sitio?

- Sí, señor, cuando no tengo nada que hacer, siempre vengo aquí y me siento en esta misma piedra.

- ¿Y qué es lo que haces aquí?

- Intento pescar.

- ¿Y cómo esperas pescar, si no pones cebo en el anzuelo?

- No estoy seguro de llegar a pescar algo.

- Entonces, ¿por qué lo haces?

- Verá, ya sabe Vd. que en el pueblo me llaman “Pío el tonto” porque no soy nada listo.

- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que haces aquí?
- Pues, porque yo sé que la gente va a pescar como lo hago yo; pero poniendo comida en el anzuelo. Y los peces, al ir a comer esa comida, se quedan enganchados en el anzuelo y así los cogen.
- Claro, es lo normal. A los peces se les engaña porque se sienten atraídos por la comida; pero tú no pones nada en el anzuelo.
- Es que yo no quiero poner comida en el anzuelo.

Yo no llegaba a comprender las razones que tenía Pío para actuar así, hasta que, después de quedar en silencio unos minutos, continuó:

- No soy listo. Llevo mucho tiempo haciendo lo mismo, sin que nunca me haya picado ningún pez; pero, si consigo coger uno sin haber puesto cebo en el anzuelo, sabré que sí que hay seres menos listos que yo.
- ¿Y si no coges ninguno?
- Si no cojo ninguno no me habré demostrado nada. Me seguirá quedando la esperanza de que algún día lo cogeré. ¡¡¡Y SEGURO QUE ALGUNA VEZ SUCEDERÁ!!!

-- o --